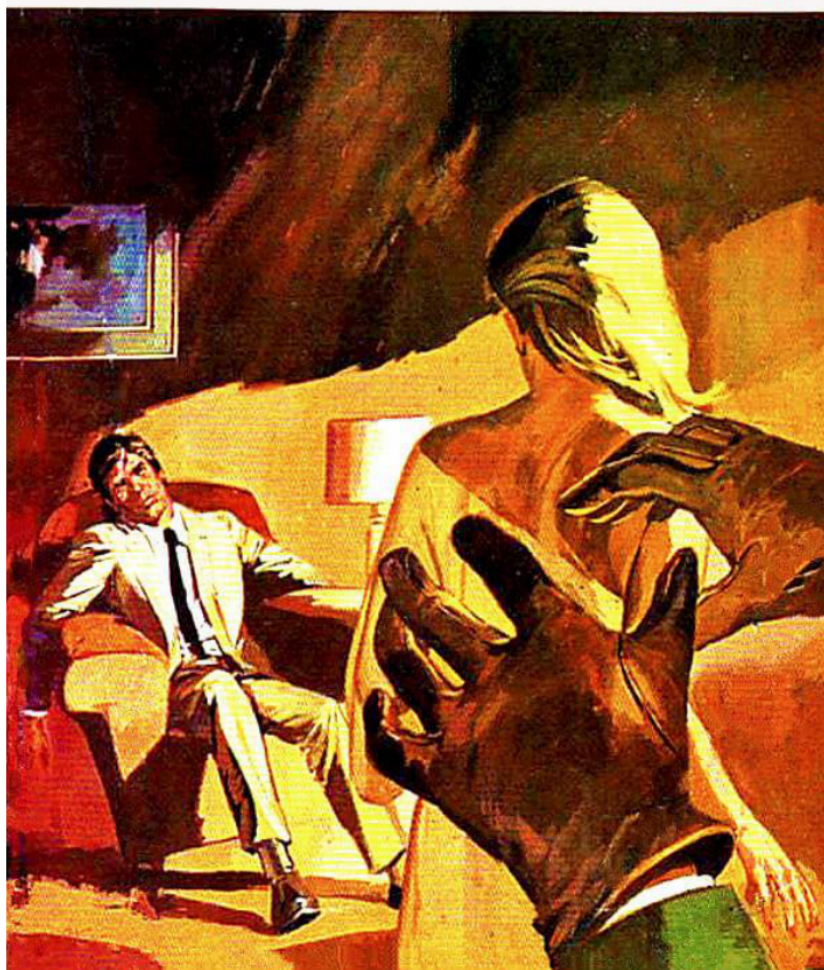




dulce muerte en Miami Beach *se*

adam surray



Enclavada en la península de Florida. Sobre la bahía Biscayne. El mayor centro turístico de Estados Unidos. Con una población en su área metropolitana cercana al millón y medio de habitantes. La zona incluye las comunidades de Miami Springs, North Miami, South Miami, Golden Beach, Miami Beach, Surfside, Coral Gables, Hialeah, Miami Shores y Opa-Locka.

Destacando Miami Beach.

Un paraíso. Sol tropical y refrescante brisa marina. Canales y bahías por donde deslizarse, rompiendo la tranquilidad de las aguas. Inexplorados jardines submarinos de coral...



Adam Surray

Dulce muerte en Miami Beach

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1185

ePub r1.1

Titivillus 02.12.2019

Título original: *Dulce muerte en Miami Beach*
Adam Surray, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Miami.

Enclavada en la península de Florida. Sobre la bahía Biscayne. El mayor centro turístico de Estados Unidos. Con una población en su área metropolitana cercana al millón y medio de habitantes. La zona incluye las comunidades de Miami Springs, North Miami, South Miami, Golden Beach, Miami Beach, Surfside, Coral Gables, Hialeah, Miami Shores y Opa-Locka.

Destacando Miami Beach.

Un paraíso. Sol tropical y refrescante brisa marina. Canales y bahías por donde deslizarse, rompiendo la tranquilidad de las aguas. Inexplorados jardines submarinos de coral...

Sí.

Un paraíso elegido por miles de seres humanos para su descanso. Sus vacaciones. Su luna de miel... Un maravilloso lugar, siempre que se tengan los bolsillos repletos de dólares para vivir y disfrutar. Hombres de negocios, poderosos magnates de la industria, embelesadas parejas de recién casados... Todos se dan cita en Miami Beach.

Paraíso para vivir... y morir.

La fría mano de la muerte también se tiende, siniestra, sobre Miami Beach. Sin piedad. Sin tregua. Su presencia allí no es motivada por el placer ni para disfrutar de unas merecidas vacaciones. La muerte no descansa. Acude en busca de nuevas víctimas. De hombres y mujeres que se recrean en la paradisíaca Miami Beach, sin sospechar que viven los últimos días de su existencia.

Un maravilloso lugar para morir.

El Little Garden Hotel es uno de esos establecimientos soñados por los tristes burócratas que permanecen todo el año encerrados en sus oficinas, entre las cuatro paredes de un mundo cuyo único horizonte es la puerta vidriera correspondiente al jefe de personal.

¿Vacaciones en el Little Garden Hotel, de Miami Beach? ¿Con la mujer y los niños? ¡No, diablos! ¿Por qué no con la linda secretaria del jefe? O mejor aún, con la *Miss* Universo que fuera elegida este

año en Miami.

Sí...

Un sueño que jamás será realizado.

El Little Garden, hotel de lujo, con todas sus habitaciones mirando a la Biscayne Bay, su propio y elegante *night-club*, su campo de golf privado... Todo un mundo de comodidades al servicio del cliente forrado de dólares.

Ralph Heywood, el mejor detective de Nueva York, también había elegido Miami Beach para su luna de miel. Como marco, el Little Garden. Aunque poco importaba la ciudad y el lugar. Con aquella mujer se podía pasar la luna de miel en cualquiera de las miserables casas del East River neoyorquino. Ella, con su sola presencia, la convertiría en un palacio de Walt Disney.

Sí.

Ralph Heywood se podía considerar el más feliz y afortunado de los mortales. Se había casado con la mujer más encantadora de Nueva York.

El botones del hotel quedó junto a la puerta de la *suite*. Sonriendo con suficiencia. Con esa superioridad característica en los empleados de hotel de lujo, que se vanaglorian de saber y conocerlo todo.

Ralph Heywood le alargó cinco dólares. La propina tampoco logró borrar la indiferencia del rostro del botones.

—Dentro de unos minutos le serviré el champaña, señor Heywood. Obsequio de la casa a los recién casados que nos honran con su estancia en el Little Garden.

Ralph Heywood le cerró la puerta en las narices.

Quedó apoyado en la hoja de madera. Contemplando fijamente a la muchacha que permanecía en el centro de la estancia.

A su mujer.

Heywood sintió un escalofrío. Sólo de imaginar que aquella encantadora criatura era suya, que se había convertido legalmente en su mujer...

—Audrey...

La muchacha sonrió tímidamente.

Su edad frisaba en los veinte años. Rostro de perfecto óvalo, destacando sus rasgados ojos negros como el azabache. Sus labios eran gordezuelos y húmedos. Lucía un gracioso minivestido con

falda plisada y casaca en blanco, negro y verde. Sus piernas mostraban un marcado bronceado natural. La cintura era estrecha, en fuerte contraste con la suave curva de sus caderas.

La joven acudió a la llamada de Ralph Heywood.

Sus torneados brazos se enroscaron en el cuello del detective. Heywood besó los entreabiertos labios femeninos.

—Ralph...

—¿Sí?

—¿Qué te ocurre?

Heywood se separó de la muchacha arqueando las cejas. Simulando una perplejidad, que no era real.

—¿A mí?... Nada.

—Eso no es cierto, Ralph —protestó Audrey, con delicioso mohín—. No está bien mentirme a los dos días de casados. Te encuentro preocupado desde que salimos del restaurante francés. Ya, durante la cena, te vi extrañado y ausente.

Heywood sonrió.

—Tonterías. No me ocurre nada, pequeña. Simplemente, estoy algo nervioso. Comprensible, ¿no? Aún no me he hecho a la idea de tenerte a mi lado hasta que la muerte nos separe. Yo, enemigo declarado del matrimonio, he caído en tus redes en el corto plazo de tres meses.

—¿No fue una suerte que acudiera a tu despacho para solicitar el empleo de secretaria?

Ralph Heywood la besó en la comisura de la boca. Sus brazos la rodearon por la cintura, atrayéndola contra sí.

—Por supuesto, Audrey. Es esa extraordinaria suerte, la que me tiene aún aturdido.

—Yo te quiero, Ralph..., te quiero...

La muchacha, apenas pronunciadas aquellas palabras, giró corriendo hacia el dormitorio y cerrando tras sí.

Ralph Heywood esbozó una sonrisa.

Sus ojos recorrieron detenidamente el salón hasta descubrir sobre una pequeña mesa el teléfono. Atrapó el auricular, no sin antes dirigir una furtiva mirada a la puerta del dormitorio.

—Quiero larga distancia con Nueva York.

Esperó unos minutos a que la telefonista del hotel marcara el número proporcionado.

Ralph Heywood encendió un emboquillado, volviendo a posar fugazmente sus ojos en la puerta que comunicaba con la habitación. Audrey se estaba cambiando de ropa, y no tardaría en aparecer. Le llegó una voz a través del micro.

—El abonado de Nueva York no contesta, señor.

—Continúe insistiendo, señorita. Si dentro de... quince minutos sigue sin recibir respuesta de ese número, me pone comunicación con el FBI de Nueva York.

—¿El FBI?

—Eso he dicho, señorita. Con el Federal Bureau of Investigation. Heywood colgó el auricular, chupando nerviosamente el cigarrillo. Comenzó a pasear por el *living* salón.

Pensativo.

El timbre de la puerta le sobresaltó, quedando unos instantes indeciso. De pronto, recordó el obsequio del Little Garden Hotel. La botella de champaña. Acudió hacia la puerta.

Audrey, en el lujoso dormitorio, también sufrió un leve sobresalto. Había terminado de arreglarse. Esperó unos segundos a que la visita, sin duda uno de los camareros con la botella de champaña, se retirara. Su modelo era demasiado provocativo para ser admirado por ojos extraños.

Se contempló en el espejo.

Había soltado su pelo, dejando que cayera majestuosamente sobre los desnudos hombros. Lucía un *déshabillé* en negro, de redondeado y profundo escote.

Procedente del salón le llegó el sonido de un seco taponazo.

La muchacha sonrió. Ralph Heywood, impaciente, había descorchado la botella de champaña. No debía hacerle esperar más. Una última mirada al espejo para luego encaminarse hacia la puerta.

Al abrir la hoja de madera quedó inmóvil bajo el umbral.

Parpadeando, perpleja.

Las luces del salón habían sido apagadas.

—Ralph...

No obtuvo respuesta.

La luz procedente de la habitación iluminaba, aunque muy débilmente, el *living* salón.

La muchacha avanzó, con una sonrisa en sus carnosos labios. Ralph

Heywood estaba sentado en el largo sofá. Semioculto entre las sombras.

—Ralph... ¿Por qué has apagado las luces?

La joven había tendido sus manos hacia Heywood, acariciando sus mejillas y mesando sus cabellos. Al deslizar su diestra por la frente, Audrey sintió un escalofrío. Sus dedos se habían humedecido en un viscoso líquido.

Retrocedió pálida.

—Ralph...

Nuevamente el silencio por respuesta.

Audrey contempló, con aterrada mirada, sus manchados dedos. Al observarlos más de cerca, los descubrió bañados en un rojizo líquido.

Sangre...

Sí, era sangre.

La palidez se acentuó en las facciones de Audrey, desorbitando sus ojos en mueca de terror. La brutal sorpresa entorpeció sus sentidos. Se disponía a gritar con todas sus fuerzas cuando una mano taponó salvajemente su boca.

Las luces del salón se encendieron.

Junto a la puerta de entrada, un individuo empuñaba una «Super-Star» de

7,62 mm,

con tubo silenciador enroscado al cañón.

Audrey desorbitó aún más los ojos. Hubiera caído de no estar aprisionada por unos brazos que la inmovilizaban por completo. También sus gritos quedaron cortados por aquella mano que taponaba su boca. Sentía en su nuca el aliento de un entrecortado respirar.

Contemplar a Ralph Heywood no era agradable espectáculo. Sentado sobre el sofá. Las facciones desencajadas y el rojo orificio en su frente. La sangre resbalaba por su rostro goteando en el tapizado.

El hombre de la «Super-Star» se adelantó chasqueando la lengua.

—Lamentable, nena..., muy lamentable... ¿Por qué diablos tenías que salir de la habitación? Nos disponíamos a marchar, pero ahora...

El individuo que sujetaba a la pálida Audrey intervino con soez

palabra:

—¡Maldita sea, Hershey! ¡Termina de una vez!

El llamado Hershey era un individuo de ancha nariz y ojos saltones. Vestía una camisa de vivos colores y pantalones tejanos.

—¿Por qué tanta prisa, Garrison? Nuestra misión era liquidar a Heywood, ¿no? El trabajo ya está hecho. Pero hay que hacer otro...

—¿Te has vuelto loco? No podemos correr el riesgo de...

Hershey rió en satánica carcajada.

Audrey, aunque dominada por el terror, reaccionó. Puede que fuera el mismo miedo quien la impulsó a actuar desesperadamente. Logró zafarse de su opresor, iniciando veloz carrera hacia la puerta.

No llegó a alcanzarla.

Hershey se había arrojado sobre la muchacha a la vez que su mano derecha se cerraba, aprisionando el frágil cuello de Audrey.

Audrey cerró los ojos.

Resignada a la más horrible de las muertes.

CAPÍTULO II

Nueva York.

La ciudad más importante del mundo. Con sus cinco *bonoughs*. Manhattan, Bronx, Brooklyn, Queens y Richmond.

Destacando la isla de Manhattan.

Jungla del asfalto, donde es más fácil morir que vivir. Rascacielos que, pese a los ciento dos pisos del Empire State, jamás logran ver el azul del cielo. Una sempiterna y gigantesca nube gris cubre la ciudad, enfermando los pulmones de sus habitantes. Harlem, sede del Black Power; Wall Street y su reino de mezquinas finanzas, la zona de Yorkville, dedicada a los alemanes, Mulberry Bend para los italianos... También se alza allí la ONU para jolgorio y risa de los países oprimidos y tiranizados.

¿Acaso importa?

No.

Nada importa en Manhattan.

Un pacífico ciudadano puede ser destripado en plena Quinta Avenida, sin que nadie le tienda una mano. Caerse desde la Wall Street Tower y despanzurrarse sobre el asfalto sin que el prójimo se inmute. Únicamente darán un pequeño rodeo, evitando el mancharse los zapatos con tu sangre.

Sí, amigo.

No esperes piedad en Nueva York.

No existe esa palabra.

Sin embargo, la cruel ciudad es amada por la mayoría de sus habitantes.

Danny Sullivan es uno de ellos. No cambiaría Manhattan por ninguna otra ciudad del mundo. Vive feliz en su pequeño apartamento de la Hayden Avenue. Con un buen sueldo y realizando un trabajo que le resulta agradable. ¿Peligroso? Es posible. Todos los trabajos son peligrosos en Nueva York. Incluso el insignificante abrecoches corre peligro. ¿Exageración? Fred Foster, portero del Hillar Hotel, abrió la portezuela del coche a uno de los clientes. Al regresar junto al toldo del hotel, le cayó encima el

huésped de la habitación 805. Un octavo piso. El suicida sufrió fracturas sin importancia, pero el pobre Foster ya sólo quedó para abrir la puerta que conduce al Más Allá.

Por eso Danny Sullivan, agente especial del FBI, consideraba su trabajo como normal. Y le gustaba. Experimentaba un extraño placer al exterminar a los asesinos, a los secuestradores sin escrúpulos, a los hijos de perra que traficaban con drogas y con muchachas, a los cobardes sabotadores...

Pero también los hombres como Danny Sullivan necesitaban descanso. Y en aquella calurosa mañana de junio iniciaba sus cortas vacaciones. Siete días de permiso. Para un agente del FBI que llevaba cuatro años sin conocer las vacaciones, siete días eran algo fabuloso.

Ya había terminado de empacar sus cosas. Sólo una valija de equipaje. Lo imprescindible.

Consultó la esfera de su reloj.

Aún faltaban cuatro horas para su vuelo. Comenzó a vestirse. Jersey granate de cuello cerrado y pantalones claros. Atuendo poco apropiado para un agente del Federal Bureau of Investigation; pero Sullivan quería olvidar, en esos siete días, que pertenecía al famoso organismo dedicado a la lucha contra el crimen.

Sólo descansar.

Ése era su propósito.

Danny Sullivan tenía veintiocho años de edad. Pese a su juventud era considerado como el agente más competente de Nueva York. También el más indisciplinado. En su corto historial ya había sufrido dos traslados de destino como castigo, y numerosas amonestaciones. Danny Sullivan, en su lucha contra el crimen, no conocía la piedad. El habitar en la jungla de asfalto había endurecido su corazón. Fieras contra fieras devorándose por sobrevivir.

Y Danny Sullivan luchaba sin tregua.

Peinó su rebelde cabello frente al espejo. La imagen reflejada correspondía a un individuo de correctas facciones. Pelo negro y levemente rizado. Frente despejada, cejas bien curvadas, ojos grises y nariz perfilada. Sus labios eran delgados y de firme trazo. También su barbilla era firme, acusando gran energía. Su estatura, próxima a los siete pies, le semejaba a un jugador de *basketball*.

Sus grises ojos, de sempiterno brillo acerado, trazaron una semicircular mirada por la estancia. Temeroso de dejar olvidada alguna cosa importante.

El llamador de la puerta resonó en el apartamento.

Danny Sullivan consultó su reloj. Había quedado con un taxista para que le llevara al aeropuerto, pero aún faltaban más de dos horas para la cita.

El timbre volvió a sonar. Una y otra vez. Con insistencia. El visitante debía ser un tipo impaciente.

—¡Ya voy, maldita sea!

Sullivan abandonó la habitación cruzando el salón contiguo y encaminando sus pasos hacia el reducido *living*.

Abrió la puerta.

Cualquier otro agente del FBI se hubiera sorprendido de ser visitado en su propio domicilio por el inspector-jefe; pero Danny Sullivan permaneció impasible. Sin alterar sus inexpresivas facciones.

—No era necesario que acudiera a desearme buen viaje, señor.

—¿No me invita a pasar, Sullivan?

—Desde luego, señor.

El hombre sonrió cínicamente, penetrando en el apartamento. Era un individuo de unos cincuenta años de edad. De rostro anguloso y cabellos ya plateados en los aladares. Vestía con elegancia y discreción. Delbert Sheffield, SAC[1] para la metrópoli de Nueva York, gozó de la confianza y favor del difunto John Edgar Hoover. Llevaba más de quince años al servicio del Federal Bureau of Investigation.

Pasaron al salón.

—¿Ya tiene preparado el equipaje, Sullivan?

—En efecto, señor. Me disponía a marchar de un momento a otro.

Delbert Sheffield acentuó la sonrisa ante las significativas e intencionadas palabras de su subordinado.

—A California, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Me tomé la molestia de telefonear al Aeropuerto Kennedy. Danny Sullivan tiene pasaje en un vuelo de la Pan American con destino a Los Angeles, California. ¿Por qué allí, precisamente, Sullivan?

—Tengo buenos amigos en Los Angeles.

—¿Amigos? —recalcó Sheffield con sarcasmo.

Danny Sullivan no contestó. Era difícil engañar al viejo Sheffield. De seguro ya estaba al corriente de la muchacha que le esperaba a su llegada al Aeropuerto Internacional de Los Angeles. Janet, la escultural *starletts* de Beverly Hills, con la que había planeado pasar los siete días de permiso.

—He anulado su vuelo a California, Sullivan.

Por primera vez, el rostro de Danny Sullivan alteró sus facciones. Sus ojos acentuaron el metálico brillo. Todo, en una fracción de segundo. La indiferencia volvió al agente del FBI.

Delbert Sheffield le contempló, risueño.

—¿No me pregunta los motivos?

El

G-men

fue hacia una pequeña mesa, apoderándose de una cajetilla de «Pall Mall». Encendió el cigarrillo, exhalando una bocanada de azulado humo. Sus grises ojos se posaron en el SAC.

—Llevo mucho tiempo sin disfrutar del más leve permiso, señor. Siempre, por una causa u otra, me ha sido denegado o aplazado. Deduzco que ahora debo realizar algún trabajo, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Por qué no cualquiera de mis compañeros?

El inspector del FBI se dejó caer en uno de los sillones que adornaban el salón.

—Me sorprende su pregunta, Sullivan. Demasiado sabe que no actúo a ciegas. Si le he elegido a usted no ha sido por mero capricho ni con ánimo de fastidiarle sus siete días de permiso. Sé que necesita descanso. En Los Angeles dudo que lo consiguiera. Janet es muy... fogosa.

Sullivan apretó con fuerza las mandíbulas. Uno de los inconvenientes de trabajar en el Federal Bureau of Investigation era el carecer de vida privada. De seguro que Sheffield conocía hasta el color de su *slip*.

—El Departamento comprende y admira su sacrificio, Sullivan. Sus años de dedicación, sin disfrutar de permiso alguno. ¿Cuántos días se le deben? ¡Muchos, en verdad! Queremos recompensarle pagándole una estancia de siete días en Miami Beach. ¿Qué le parece?

Danny Sullivan había atrapado una botella de «Johnnie Walker» del

mueble-bar. No ofreció nada a su interlocutor. Sheffield había nacido abstemio. Ni alcohol ni tabaco. Sólo en las grandes ocasiones se permitía llevarse a la boca una pastilla de goma de mascar.

Sullivan bebió el *whisky* a pequeños sorbos.

Con la mirada fija en Delbert Sheffield.

—Miami Beach, ¿eh?

—Así es, Sullivan. Fabuloso, ¿verdad? Tengo entendido que en este mes se celebra la elección de *Miss* Universo. ¡Lo va a pasar en grande, muchacho!

—¿Por qué tanta generosidad en el FBI?

—Nosotros somos así, Sullivan. Nos interesamos por nuestros chicos. ¿Danny Sullivan a Los Angeles? —Sheffield chasqueó la lengua repetidamente—. Nada de eso. Allí la contaminación es incluso mayor que en Nueva York. Playa, sol, deportes... Todo eso lo encontrará en Miami Beach.

—¿A quién más tengo que encontrar, señor?

Delbert Sheffield entornó los ojos hasta semiocultarlos por sus caídos párpados. Brillaron de admiración hacia Sullivan.

Sí.

El viejo SAC admiraba a Sullivan. Era su mejor hombre. Astuto, inteligente, frío, audaz... y fiel al FBI hasta la muerte.

—¿A quién tengo que encontrar, señor? —volvió a preguntar Sullivan—. No sólo voy en busca de sol, playa, deportes...

—Correcto, Sullivan. También debe encontrar al asesino de Ralph Heywood.

* * *

Los dedos de Danny Sullivan se cerraron con fuerza, aprisionando el vaso de *whisky*. Su diestra evidenció un leve temblor. También una tenue palidez recubrió sus facciones.

—¿Heywood... muerto?

—Sí, Sullivan. Ayer noche. En una *suite* del Little Garden Hotel de Miami Beach.

—¿Y Audrey?

—También. Los dos fueron brutalmente asesinados.

El vaso se rompió entre los dedos de Sullivan. El *whisky* y

diminutos trozos de cristal cayeron sobre la alfombra. El agente del FBI sacó un pañuelo, limpiando las pequeñas heridas producidas en su diestra.

Delbert Sheffield no hizo ningún comentario.

Comprendió y respetó la sorda furia de Sullivan. Éste se había servido un nuevo vaso de *whisky*. Lo vació de un solo golpe. Ya más calmado, o al menos dominando su emoción, posó sus grises ojos en Delbert Sheffield.

—¿Cómo ocurrió?

—De poco puedo informarle, Sullivan. Ayer, y por espacio de quince minutos, llamaron telefónicamente desde Miami Beach a mi domicilio particular. Ralph Heywood quería comunicarse conmigo. Yo me encontraba en el Departamento. Allí llamó la telefonista del Little Garden Hotel de Miami Beach. Cuando quiso enlazar con la habitación de Heywood, éste no contestó. Antes de que la telefonista anulara la conferencia, formulé algunas preguntas. Me dijo que un tal Ralph Heywood había solicitado comunicación con el FBI de Nueva York y que, por espacio de quince minutos, llamó a un abonado de Manhattan. El número del abonado correspondía al mío. Lógicamente, sospeché que algo malo había ocurrido. Heywood, recién iniciada su luna de miel, no se molestaría en comunicar conmigo de no mediar grave motivo. Ordené al detective del hotel que acudiera a la habitación de Heywood. Éste y su mujer ya estaban muertos. El teniente Mark Wilcoxon, de la Sección de Homicidios, se ha hecho cargo del asunto.

—¿Qué le ha notificado?

—¡Maldita sea, Sullivan! ¡Hace tan sólo unas doce horas que se cometió el doble crimen! ¿Qué diablos quiere? ¡No se sabe nada! El teniente Wilcoxon quedó en comunicarme los resultados de la autopsia y mantenerme al corriente del caso.

—Pero usted quiere que me desplace a Miami.

Delbert Sheffield asintió en leve movimiento de cabeza. Su diestra mesó los plateados cabellos, en nervioso ademán.

—Heywood era un buen tipo. Un magnífico detective. Algo muy importante debió descubrir en Miami Beach.

Quiso comunicar conmigo, y le mataron. ¿Por qué? Eso es lo que tiene que averiguar, Sullivan.

Los grises ojos del joven acentuaron su metálico brillo.

—Ralph Heywood era amigo mío, señor. Un buen amigo. También lo era Audrey. Hace dos días asistí a la ceremonia de la boda, y yo mismo les llevé hasta el aeropuerto. Encomendarme el caso puede resultar... contraproducente.

—Heywood colaboró con nosotros en infinidad de ocasiones. Tenía amigos en todo el Departamento. Le apreciábamos, y todos estamos furiosos por su muerte. Usted era su mejor amigo, pero dudo que se deje llevar por la ira o los deseos de venganza. Eso podía ocurrirle a un agente salido de la Academia de Quántico. Confío en usted, Sullivan. Su frialdad, aunque no siempre la comparto, es una garantía. Necesito un hombre inteligente y que actúe sin piedad. Sin sentimentalismos. Ralph Heywood ha muerto. Su misión no es vengarle, sino descubrir el motivo de un asesinato y lo que intentó comunicarme. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Oficialmente, el FBI no se ha hecho cargo del caso. Tal vez lo haga... más adelante. Con ello quiero advertirle que actuará solo. Límitese a investigar. Si descubre algo de interés para nosotros, entonces sí contará con toda la ayuda del FBI. Cualquier dato o consulta me la solicita personalmente.

—¿Por qué no al FBI de Florida?

Delbert Sheffield enrojeció.

—No se haga el tonto, Sullivan. Usted está sometido a mi disciplina, y demasiado sabe que no puede actuar abiertamente en el estado de Florida. Lo lógico sería comunicar mis sospechas al SAC de Tallahassee, y que éste enviara varios agentes a Miami; pero nada puedo decirle con seguridad. Son simples sospechas. Un doble asesinato no es suficiente para que intervenga de forma oficial el FBI. Está en manos de la Brigada de Homicidios de Miami. Quedaría en ridículo si, después de todo, sólo se tratara de eso. De un doble crimen, ejecutado por uno de los numerosos enemigos de Heywood. Los tenía a cientos. Su profesión de detective privado le granjeaba enemigos por doquier. Se desplazará a Miami como un turista más, Sullivan. A disfrutar de sus siete días de permiso. ¿De acuerdo?

—Sí, señor. De descubrir algo importante, se lo comunicaría. El éxito será para el FBI de Nueva York.

Delbert Sheffield entornó los ojos, dirigiendo una severa mirada a su subordinado. Inspiró profundamente. Con resignada paciencia.

—A veces se pasa de listo, Sullivan. ¿Cuánto tiempo hace que no sufre un traslado disciplinario? ¿Le gustaría ser destinado a Alaska?

—No, señor.

—Entonces, límitese a cumplir órdenes, guardando sus irónicos comentarios. Nuestro trabajo es servir al Federal Bureau of Investigation. No importa el lugar. Celebraría que todo fuera una falsa alarma. Miami nos está ocasionando demasiados quebraderos de cabeza. Protección a los candidatos presidenciales, disturbios entre demócratas, republicanos...

—Eso ya pasó, señor.

—Lo sé, pero nuevamente Miami va a ser escenario de un importante acontecimiento. Y no hablo de la elección de *Miss* Universo.

—¿Se refiere a la proyectada visita del presidente Francisco Daniel Córdoba?

—¿Le parece poco motivo de preocupación? Francisco Daniel Córdoba ha capitaneado la sublevación en su país, derrotando al anterior presidente, contrario a las relaciones con Estados Unidos. Se dice que Francisco Daniel Córdoba ha triunfado merced a la ayuda proporcionada por la CIA. Lo cierto es que el nuevo presidente acude a Miami para formalizar sus relaciones con el Gobierno de Washington y estudiar la oferta de instalación de bases militares USA en su territorio.

—Eso no gustará a algunas potencias extranjeras.

—En efecto, Sullivan. Y tratarán, por todos los medios, que no se firme el acuerdo. El mejor procedimiento sería eliminar al propio presidente Córdoba. Con ello no sólo se romperían las futuras relaciones, sino que nos ganaríamos la eterna enemistad de su país.

—La vida del presidente Córdoba estará protegida por numerosa escolta. Todo controlado. Imposible aproximarse a él sin...

—¿Imposible? —rió Sheffield, agriamente—. Ya no existe esa palabra. ¿Ha olvidado lo de Kennedy? Ciertamente ocurrió hace años, y actualmente se han extremado las medidas de seguridad. ¿Sirvieron de algo? Los fedayines, tras la matanza de Munich, marcaron la pauta a seguir. Son imitados con éxito. Terroristas bien adiestrados realizan atentados, secuestros, sabotajes... Nadie está seguro, Sullivan. Nadie.

—De tratarse de un atentado contra el presidente Córdoba, sí es

misión del FBI intervenir.

—Me gustaría estar equivocado, Sullivan. Espero sus informes desde Miami. Me telefoneará todas las noches.

Olvide su fea costumbre de presentarse ante mí cuando el caso ya ha concluido.

—Solicitaré plaza para el avión de...

—Su vuelo sale dentro de una hora y cuarenta minutos — interrumpió el inspector, consultando su reloj de pulsera—. Al anular su pasaje para Los Angeles, conseguí el correspondiente con destino a Miami. ¿Contento?

Sullivan sonrió.

—Su eficiencia me aturde, señor.

—Forma parte de mi trabajo. Velar por mis muchachos. También le he conseguido una habitación en el Little Garden Hotel. Sólo por una noche. Suficiente para que interroge a los empleados del hotel, aunque dudo saque algo en limpio. Luego, busque un alojamiento más conveniente a sus actividades.

—Quiere decir más económico, ¿no?

—Puede seguir en el Little Garden, con gastos a su cargo. El FBI no le paga un hotel de lujo, Sullivan.

—Lo suponía, señor.

Delbert Sheffield se incorporó del sillón, tendiendo su diestra al *G-men*.

—Suerte, Sullivan.

—Gracias, señor.

—Creo que su misión es peligrosa, Sullivan. De fracasar, sí le prometo que el FBI le proporcionará un buen entierro. Un ataúd de lujo.

Danny Sullivan sonrió.

—Espero ahorrarle ese gasto, señor.

CAPÍTULO III

El vuelo Nueva York-Miami, en tan sólo dos horas y veinte minutos, lo empleó Danny Sullivan en leer un ejemplar del *New York Times* y en admirar las torneadas caderas de la escultural azafata. Dedicó más tiempo a este último menester. Así, sin apenas darse cuenta, el avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Miami.

Los lentos trámites aduaneros le inmovilizaron en el aeropuerto.

Danny Sullivan no quiso expresar su condición de agente del Gobierno para abreviarlos. Había decidido comportarse como un vulgar turista. Ya con la valija en su diestra, como único equipaje, se encaminó hacia la salida.

También demoró unos minutos en conseguir un taxi. Previamente, había comprado el *Herald* y el *News*, los dos diarios de mayor circulación de Miami. Ambos periódicos narraban superficialmente lo acontecido en el Little Garden Hotel. Un doble crimen, por espeluznante que fuera, carecía de importancia. Se dedicaba más atención a las permitidas apuestas en las carreras de caballos y en los frontones de

jai-alai

. Aquello sí interesaba al público.

El agente del FBI se acomodó en uno de los taxis, indicando al conductor que le llevara al centro de Miami. La ciudad distaba del aeropuerto unos once kilómetros. El primer tramo se realizó con rapidez, pero paulatinamente el tránsito se hizo más intenso, alcanzando su cénit a la entrada de Miami.

Sullivan conocía superficialmente la ciudad.

Había permanecido en ella en 1972, durante la elección de Nixon como candidato republicano. Recordaba vagamente los puntos más importantes. Sus infinitos parques, las anchas avenidas, las numerosas canchas de golf, los *yacht-clubs*... Una maravillosa ciudad gobernada por el Rey Dólar.

Danny Sullivan ordenó detener el vehículo en las proximidades al Bayfront Park. Descendió del taxi, abonando la carrera, y dirigiendo sus pasos hacia el primer restaurante existente en la zona.

El refrigerado local le alivió del sofocante calor exterior.

Solicitó una «cola» con hielo y ron.

Al final de la larga barra del mostrador se hallaban dos cabinas telefónicas. El agente del FBI se introdujo en una de ellas, consultando durante breves minutos la guía. Su dedo índice recorrió el disco.

Una rutinaria voz le llegó a través del micro.

—Sección de Homicidios.

—Quiero hablar con el teniente Wilcoxon —replicó Sullivan.

—El teniente Wilcoxon no se encuentra aquí en este momento. ¿Quién es usted?

Danny Sullivan sonrió, colgando el auricular sin responder a la pregunta. Abandonó la cabina, procediendo a consumir su pedido. Encendió un cigarrillo, permaneciendo en pensativa actitud. Ajeno al bullicio de los turistas, en su mayoría latinoamericanos, que llenaban el *snack*.

El

G-men

salió del local.

Decidió desplazarse a Miami Beach. Acudiría directamente al Little Garden Hotel para iniciar sus pesquisas, dejando pendiente su entrevista con el teniente Wilcoxon.

Miami Beach, al igual que Key Biscayne, Virginia Key, isla de Normandy y Surfside, estaba unida a la ciudad de Miami por varias *causeway* [2], existiendo también un servicio de helicópteros.

Sólo cinco kilómetros de distancia.

Miami Beach, aunque ya las sombras del atardecer asomaban tímidamente, estaba en pleno apogeo. Gran bullicio y animación en sus tropicales playas. Viejos magnates, calvos y barrigudos, correteaban alegremente entre las palmeras tras una *starlette* de curvilíneas formas. Babeantes individuos, con la única particularidad de contar sus dólares por miles, conquistaban a las más bellas mujeres.

Lamentable y penoso.

Principalmente para los que contaban su dinero por centavos.

El coche se detuvo frente a la entrada del Little Garden Hotel. Un uniformado empleado acudió a abrir la portezuela.

Danny Sullivan descendió con la valija, que a los pocos segundos le

era arrebatada por uno de los botones del hotel.

Penetró en el establecimiento, encaminándose a la sala de recepción. El conserje le recibió con la más hipócrita de sus sonrisas. La popularidad del Little Garden, tras el doble asesinato, había descendido algunos enteros.

—Mi nombre es Danny Sullivan. Tengo habitación reservada.

El individuo consultó la lista.

Siempre con su falsa sonrisa a flor de labios.

—En efecto, señor Sullivan. Habitación número 305. Una de las mejores. Haré que le acompañen y...

—Que suban mi equipaje —interrumpió Sullivan—. Antes quiero hablar con el detective del hotel.

El conserje arrugó instintivamente la nariz. Por primera vez desapareció la sonrisa de sus labios.

—¿El detective? ¿Le ha ocurrido algo, señor Sullivan?

El agente del FBI ignoró la pregunta.

—¿Dónde ha dicho que puedo encontrarle?

—Pues... dudo que pueda atenderle ahora, señor Sullivan. Está muy ocupado por causa del lamentable... accidente ocurrido ayer en el hotel. En este momento, se encuentra hablando con la policía.

—¿Aquí?

—Sí, señor. En una de las terrazas del bar. Si lo desea, cuando termine, le notifico que...

—Gracias. No se moleste.

Danny Sullivan se alejó del mostrador de recepción, cruzando los distintos y lujosos salones sociales del Little Garden. Al pasar a las concurridas terrazas del bar descubrió a dos hombres que desentonaban entre los demás.

No.

No tenían aspecto de ricos turistas.

Uno de ellos realizó una profunda reverencia, despidiéndose de su compañero y pasando al bar del hotel.

Sullivan sonrió.

No era necesario ser un lince para adivinar que el fulano de la reverencia era el detective del Little Garden.

Y el otro individuo...

—¿Teniente Wilcoxon? —interrogó el agente del FBI.

—Sí, yo soy.

Danny Sullivan le mostró su credencial.

El teniente Mark Wilcoxon no pudo ocultar en su rostro una mueca de profundo desagrado. Su aguileña nariz se arrugó como apestando algo nauseabundo. Vestía un traje de suave tela, muy apropiado para los rigores del verano; no obstante, su rostro aparecía cubierto por diminutas gotas de sudor.

—El FBI, ¿eh? Imaginaba que no tardarían en meter las narices en el asunto. Nueva York. ¿Le envía el inspector Sheffield?

—Estoy de vacaciones, teniente.

—¿De veras?

—Por supuesto. Si el Federal Bureau of Investigation se hiciera cargo del caso, no era necesario recurrir al Departamento de Nueva York.

—Sí, claro... Como Ralph Heywood intentó comunicarse con el inspector, Sheffield, imaginé que...

—He llegado hoy a Florida, teniente —interrumpió Sullivan, con cordial sonrisa—. Hace tan sólo unas horas que me encuentro en Miami. Al leer los periódicos, me enteré de lo ocurrido en el Little Garden. Ralph Heywood era amigo mío. Firmé de testigo en su boda y... Bueno, la noticia me ha afectado.

—¿Ha dicho que está de vacaciones?

—Sí, teniente. Aunque es lógico que me interese por el caso. Lo comprende, ¿verdad? Con Heywood y Audrey me unía una gran amistad.

Mark Wilcoxon extrajo una cajetilla de tabaco negro. Importado de Cuba. Ofreció un cigarrillo a su interlocutor.

—Poco puedo decirle, Sullivan. Ralph Heywood y señora llegaron ayer a Miami. Se instalaron en el Little Garden Hotel. Visitaron la ciudad, cenaron en un restaurante francés, deambularon por varios *night-clubs* y regresaron al hotel.

—Y aquí les esperaba la muerte.

—Sí... Una fea muerte. A Ralph Heywood le soltaron un balazo en la frente. Con una «Super-Star» del 7,62.

—¿Nadie oyó el disparo?

—Sin duda, utilizaron tubo silenciador. Como el descorchar una botella de champaña. La muerte fue instantánea. Heywood fue arrastrado desde la entrada de la *suite* a uno de los sofás. En cuanto a la mujer...

El teniente Wilcoxon hizo una breve pausa. Se pasó el dorso de la mano por la frente.

Su voz se tornó ronca:

—Fue algo horrible, Sullivan... Un crimen repugnante. Llevo muchos años en este sucio oficio, y creía que ya nada me impresionaba. Estaba equivocado. Me ocurrió igual que hace veinte años, en San Francisco, cuando iniciaba mis primeras rondas acompañado por un veterano policía. Encontramos el cadáver de una joven en una de las callejuelas de Russian Hill. Vomité hasta la primera papilla. Ayer... ayer volví a vomitar. Audrey Heywood estaba tendida sobre la alfombra del salón. Su boca taponada por una ancha cinta aislante, las manos atadas a la espalda... Se ensañaron con ella, Sullivan. El hijo de perra disfrutó tatuando el cuerpo de la muchacha para terminar cortándole la yugular. Sí..., un crimen repugnante...

La sangre parecía haber fluido del rostro de Sullivan. Sus grises ojos brillaban con fuerza. Con furia mal contenida.

Recordaba a Audrey en el día de su boda con Ralph. Alegre, sonriente, feliz...

Y ahora...

—¿Han encontrado alguna huella?

—Los de dactiloscopia trabajan aún en ello, aunque creo que en vano. Los dos individuos eran profesionales.

El agente del FBI arqueó las cejas.

—¿Dos?

—Sí, Sullivan. Fueron dos los individuos que penetraron en la *suite*. Sobre la alfombra quedaron las huellas de sus zapatos. Para no cometer errores, las hemos comparado con los zapatos de Williams, uno de los botones del hotel que acompañaron al matrimonio Heywood, y con el recepcionista que les mostró, por primera vez, la habitación. No coinciden con las encontradas, semiborrosas, sobre la alfombra. Tampoco pertenecen a Heywood.

—Dos individuos...

El teniente de Homicidios pareció adivinar los pensamientos de Sullivan.

—¿Piensa permanecer muchos días en Miami, Sullivan?

—No lo sé. Tal vez una semana.

—Procuraré mantenerle al corriente. ¿Dónde se hospeda?

—Esta noche la pasaré aquí. En el Little Garden.

De nuevo, instintivamente, la nariz de Wilcoxon se arrugó. Dirigió al joven una inquisitiva mirada.

—Espero que disfrute de sus vacaciones, Sullivan. Sol y bellas mujeres. Sin pensar en nada más. Tengo algunos amigos, pocos en verdad, en el FBI. Todos pecan de entrometidos.

—¿De veras?

—Yo sé que usted se mantendrá al margen, ¿no es cierto? Procure hacerlo, Sullivan. No necesito la ayuda del todopoderoso Federal Bureau of Investigation para solucionar el caso. Adiós.

—Hasta pronto, teniente.

Mark Wilcoxon descendió los escalones de la terraza, dirigiéndose hacia un «Buick» negro estacionado frente a la entrada principal del Little Garden.

Danny Sullivan aún permaneció unos minutos bajo el porche.

Con el cigarrillo humeando en sus labios y la mirada fija en un indefinido punto de la larga playa. Unas muchachas, con reducidos bikinis, practicaban, en la cálida arena, el último y estúpido juego de moda lanzado al mercado.

Las tumbonas de la terraza estaban todas ocupadas. Pese a que la noche iniciaba su reinado, el traje de baño era la vestimenta oficial hasta la hora de la cena.

Una rubia, teñida, por supuesto, sonrió, sensual, a Sullivan. La pieza superior de su bikini, aunque sin estar atada a la espalda, se sujetaba milagrosamente, dejando muy poco para la imaginación.

Danny Sullivan le dirigió una indiferente mirada que hizo borrar la sonrisa de los labios de la mujer.

El agente del FBI fue hacia la sala de recepción, apoderándose de su llave. Ya próximo a uno de los elevadores, recibió unos suaves golpes en su hombro izquierdo.

Giró con lentitud.

Frente a él, el individuo que hablara con el teniente Wilcoxon en la terraza del hotel.

—¿Señor Sullivan? Me han notificado en recepción que me buscaba. Soy James Bouchet, detective del Little Garden.

—Ah, sí... Soy periodista —mintió Sullivan, con aplomo—. Enviado especial del *The New York Post*. Quiero hacer un reportaje de lo ocurrido. Ralph Heywood era persona muy admirada en Nueva

York.

James Bouchet tenía el bronceado característico de los latinoamericanos. Éstos abundaban en Miami. No sólo como residentes. Un elevado tanto por ciento de turistas que acudían a Miami procedían de países sudamericanos.

—Lamento no poder ayudarle, señor Sullivan.

—¿Por qué? ¿No sabe nada del asunto?

—Eso no es de su incumbencia.

Sullivan sonrió.

—Comprendo. Es el teniente Wilcoxon quien lleva la batuta.

El detective se sintió ofendido.

—El teniente Wilcoxon no ha solicitado mi colaboración, señor Sullivan. Estoy investigando solo. Sin ayuda de nadie. Cuando descubra al asesino, le prometo la exclusiva para su periódico.

—Muy amable. Aunque le va a resultar imposible cumplir esa promesa.

—He solucionado todos los casos de robo acontecidos en el Little Garden. Ningún asunto pendiente o archivado.

—Es posible, Bouchet. Las «ratas de hotel» son fáciles de atrapar.

—También cazaré al asesino. Sigo una buena pista.

El agente del FBI rió en sonora carcajada. Deliberadamente burlona. Con intención de herir el amor propio de James Bouchet.

El detective del hotel picó el anzuelo.

—¿Duda de mis actitudes? ¿De mi capacidad?

—Reconozca conmigo que es un caso difícil, Bouchet. Digno de un detective de la categoría de Ralph Heywood. Cualquiera pudo entrar en la *suite* y cometer el crimen.

—Se equivoca, Sullivan. El quinto piso, compuesto de *suites* nupciales, está dedicado única y exclusivamente a parejas de recién casados, matrimonios que celebran sus bodas de oro o cualquier otro aniversario. Siempre parejas. En el quinto piso están las mejores habitaciones del Little Garden. Tenemos un servicio especial de conserjería a la entrada del piso. Instalado para que nadie moleste a las parejas de recién casados.

—No comprendo...

James Bouchet sonrió con suficiencia.

—Los jóvenes desposados sufren, por general, pesadas bromas de amigos y familiares. Recuerdo un caso. El hermano de la novia

escondió un hormiguero bajo la almohada. Unos bichos muy parecidos a las voraces hormigas rojas. Puedo asegurarle que el novio pasó muy mala noche. La dirección del Little Garden, consciente del problema, prohíbe la entrada, en la quinta planta, a toda persona ajena a las *suites* nupciales.

Danny Sullivan entornó los ojos, dirigiendo al detective una penetrante mirada.

—Si yo acudo al quinto piso, ¿no me es permitida la entrada?

—No, señor. El conserje le impedirá el paso. Es una medida exclusiva del Little Garden para garantizar la intimidad de sus clientes.

—¿Y el servicio de control es permanente?

—Día y noche.

—Bien... Entonces, el caso es sencillo —comentó el agente del FBI, con fingida indiferencia—. Uno de los ocupantes de la quinta planta es el asesino.

—No tan sencillo.

—¿Por qué?

—Ayer mismo, uno de los clientes, un tejano que se había casado con su linda secretaria, celebró una pequeña fiesta en la *suite*. Con una veintena de invitados. Hombres y mujeres. Poco antes de que se descubriera el doble crimen de la habitación 506, los invitados y el matrimonio tejano abandonaron el hotel sin dejar rastro. Sólo tenemos registrados los nombres de la pareja. Cualquiera de los invitados pudo cometer el crimen.

—¿Se permitió la entrada a los invitados?

—Ése fue el deseo del tejano.

—¿Quiere que le diga una cosa, amigo? —Silabeó Sullivan, irritado por la pérdida de tiempo—. Su control en la quinta planta es sumamente estúpido. Yo mismo, con decir que deseaba hablar con Ralph Heywood, hubiera entrado.

—Antes se consultaría con el cliente. Tenemos por norma...

—¡Al diablo! —cortó Sullivan—. Dudo que me proporcione la exclusiva, Bouchet, pero le agradezco la intención. Buenas noches, amigo.

El agente del FBI dio la espalda a James Bouchet para introducirse en uno de los elevadores.

El ascensorista solicitó el piso.

—Mi habitación es la 305.

—Corresponde a la tercera planta, señor. Ya han subido su equipaje.

—Lo sé. El servicio de Little Garden es magnífico.

El ascensorista sonrió, sin percatarse de la ironía.

—Gracias, señor.

—Dile a Williams que se presente en mi habitación.

—¿Williams? ¿Se refiere al botones de la quinta planta?

—Ajá.

—No pertenece a su piso, señor. Si desea alguna cosa, puede...

—Quiero hablar con Williams. Algo particular, ¿sabes? —Sullivan deslizó un par de dólares al ascensorista—. Nada relacionado con el hotel.

—Muy bien, señor. Le daré el aviso.

Danny Sullivan abandonó la cabina, recorriendo el alfombrado pasillo. Se detuvo ante la puerta señalizada con el número 305.

Penetró en la estancia.

Reducido salón a la entrada que conducía al dormitorio. Éste, lujosamente amueblado, contaba con amplia sala de baño.

Sullivan procedió a desempacar sus pertenencias. Terminaba de colocar la ropa en uno de los armarios, cuando sonaron unos discretos golpes a la puerta.

Acudió a abrir la hoja de madera.

Allí estaba Williams. Con su uniforme y la placa del Little Garden. Con su sonrisa de superioridad a flor de labios. Con sólo veintidós años, ya se consideraba de vuelta de todo.

Sullivan le miró de arriba abajo.

—Tú eres Williams, ¿no?

—A sus órdenes, señor.

—Pasa.

Danny Sullivan le catalogó de inmediato.

Por eso, y para rebajar sus aires de suficiencia, le mostró la credencial, situándola a escasas pulgadas de la nariz de Williams. Éste bizqueó, desapareciendo la indiferencia de su rostro.

—¿El FBI?

—Correcto, muchacho. Sólo tú, en Miami, está al corriente de que soy un agente del Federal Bureau of Investigation. Nadie más debe saberlo, Williams. Nadie. ¿Comprendes?

El empleado del hotel asintió, con nervioso y repetido movimiento

de cabeza.

—Puede confiar en mí, señor. Mantendré la boca cerrada.

Sullivan no pudo evitar una leve sonrisa.

El tal Williams debía ser un entusiasta de los *cómics* de agentes secretos y de las viejas películas de Eddie Constantine, en su papel de invencible

G-men.

—Bien, Williams. Deduzco que tú has sido el último en ver con vida a Ralph Heywood y a su mujer.

—Así es, señor. Les acompañé hasta la habitación para recordarles que les serviría la botella de champaña, obsequio de la casa.

—¿A qué hora llevaste la botella?

—Ya no me recibieron. Llamé una y otra vez a la puerta, sin que nadie respondiera. No es la primera vez que me ocurre. —Williams se permitió una maliciosa sonrisa—. Muchas parejas de recién casados se olvidan hasta de comer. Yo no le di importancia, y me ventilé la botella de champaña junto con otros compañeros.

—Voy a hacerte una pregunta importante, Williams.

Piensa la respuesta detenidamente. Acompañaste a los Heywood a la habitación. ¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que regresaste con la botella de champaña?

—Pues... unos quince minutos.

—¿Seguro?

—De quince a veinte minutos. No más de veinte.

Danny Sullivan quedó unos instantes en silencio.

La respuesta de Williams parecía indicar que el asesino, asesinos, según la versión del teniente Wilcoxon, esperaron la salida del botones para irrumpir en la *suite*. Ya estaban dentro cuando Williams volvió con la botella de champaña y, por supuesto, no respondieron a la llamada.

—¿Qué me dices del tejano, Williams?

—¿El fulano que celebró la fiesta en su *suite*? Gene Hunter es su nombre. Al menos, ése fue el que dio en el registro. Jamás le había visto con anterioridad. No es cliente habitual del Little Garden.

—Marchó con sus invitados, ¿no?

—En efecto. No pernoctó en el hotel. Alquiló la habitación únicamente para celebrar la fiesta.

—¿A qué hora abandonaron el hotel? ¿Ya se había descubierto el

asesinato de los Heywood?

—Todavía no. Aproximadamente una hora más tarde de la salida del tejano, se descubrió el crimen.

—Muy interesante.

—¿Sospecha de Gene Hunter? Parecía un patán. Un nuevo rico que quería deslumbrar a todo el mundo. Sus amigos tampoco eran gente distinguida. Indigna del Little Garden. Algunas de las chicas que amenizaban la fiesta trabajaban en tugurios de Miami.

Los grises ojos de Sullivan acentuaron su brillo.

—¿Qué quieres decir, Williams? ¿Conocías a alguna de ellas?

—Sólo a una, pero todas parecían sacadas del mismo lugar.

—¿Quién es ella?

—Janet. Ignoro su apellido. Es una de las *cocktail-waitress* del club Sirocco.

—¿En Miami Beach?

—Sí. Un local próximo a Alton Road. Antes del Flamingo Park.

—¿Sabe esto el teniente Wilcoxon?

—Nada me preguntó —dijo Williams, sin ocultar un leve rencor hacia el teniente—. Dado que los invitados no estaban registrados, se limitó a indagar en la persona de Gene Hunter.

—Un último favor, Williams. Quiero una relación de los clientes que ocupaban la quinta planta la noche del crimen. ¿Puedes conseguirla sin levantar sospechas?

—¡Seguro!

—Bien. Recuerda que no debes mencionar a nadie que trabajas para el FBI.

Williams se esponjó al máximo.

—Puede confiar en mí.

El empleado del hotel abandonó la estancia. Orgulloso como un pavo real. Lo de «trabajar para el FBI» quedó grabado en su mente. Incluso olvidó que Danny Sullivan no le había soltado ni un centavo de propina.

CAPÍTULO IV

Alton Road atravesaba todo Miami Beach bordeando la costa oeste. Infinidad de luminosos de neón vencían a la oscuridad de la noche. Una heterogénea multitud deambulaba por las alegres calles de la ciudad. *Night-clubs*, salas de baile y demás centros de diversión aparecían abarrotados.

Danny Sullivan se hizo conducir por un taxi hasta las proximidades del Flamingo Park. Descendió del vehículo, caminando en dirección a la 5th Street, que enlazaba con McArthur Causeway.

Se desvió por la Stacy Avenue.

Paralelamente a la playa.

El agente del FBI caminaba con un cigarrillo humeando en sus labios. Despreocupadamente. Como un turista más, atraído por el bullicio reinante. Lucía una chaqueta deportiva, camisa color crema y pantalón azul piloto. La chaqueta disimulaba el significativo bulto de la funda sobaquera donde reposaba su

«Smith & Wesson».

Casi al final de la Stacy Avenue, en uno de los recodos de un artificial acantilado, divisó el club Sirocco. Gozaba de una amplia zona de aparcamiento frente a la entrada.

El Sirocco se alzaba en solitario. Únicamente protegido por las palmeras que se alineaban en dirección a la playa.

Danny Sullivan penetró en el local.

Entornó los ojos hasta acostumbrarse a la penumbra interior. Reinaba un respetuoso silencio en honor a la mujer que, en el centro de la pista, cantaba con dulce voz el tema de amor de la película *The Godfather*. Una atronadora salva de aplausos premió su actuación.

La orquesta se inició con un trepidante *rock and roll*, acompañado por el incesante parpadear de infinitas luces sicológicas. Muy pocas parejas saltaron a retorcerse a la pista. La segunda pieza fue una romántica y lenta melodía. Tuvo más éxito en la concurrencia. Tipos barrigudos y grasientos se deslizaron por la pista, enlazando con dificultad a sus parejas.

El relampaguear de luces cesó.

Una tenue y fija penumbra quedó bañando la sala.

Danny Sullivan aprovechó para encaminarse hacia el mostrador, rechazando la sugerencia de uno de los empleados para que ocupara una mesa. La larga barra, de sinuosa forma, estaba situada al fondo del local. Sobre los taburetes, varias *cocktail-waitress* rivalizaban mostrando sus encantos generosamente. Sonriendo, provocativas, a los solitarios clientes.

Sullivan solicitó del barman una bebida refrescante aderezada con masivas dosis de vodka.

Una de las mujeres descendió lentamente del taburete. Con sensual y deliberado ondular de caderas, se aproximó a Sullivan.

—Hola, encanto.

El hombre le dirigió mía indiferente mirada.

La chica no estaba del todo mal. Su rostro era agradable y de labios gordezuelos. La carrocería también era perfecta. La cintura estrecha y las caderas redondeadas. Tal vez demasiado pronunciadas.

Sí, diablos.

El conjunto era merecedor de la calificación de notable.

—Hola —respondió Sullivan, tras el minucioso examen.

—¿Estás solo? —La mujer se había pegado a él—. Es triste la soledad. Máxime, en una ciudad como Miami. ¿De dónde eres tú?

Sullivan no respondió a la pregunta.

—¿Cuál es tu nombre, nena?

—Puedes llamarme Sharon.

—*Okay*, Sharon. No estoy solo. De un momento a otro llegará mi dulce compañera. Se trata de Janet. La conoces, ¿no?

Del rostro de Sharon se borró la sonrisa. No pudo ocultar en sus facciones una mueca de desprecio.

—¿Janet? Te consideraba un tipo de buen gusto. ¿Qué encuentras en Janet que no tenga yo?

La mujer había formulado la pregunta inspirando profundamente.

Danny Sullivan reconoció que a la tal Sharon no le faltaba de nada. Puede, incluso, que le sobrara algo.

—Mis relaciones con Janet son puramente comerciales, Sharon. Negocios, ¿comprendes? Cuando aparezca por aquí, hablaré con ella unos minutos. Luego acudiré a tu lado para contarte la historia de mi vida.

Los carnosos labios de Sharon volvieron a sonreír.

—Janet ya está aquí. ¿No la ves?

El agente del FBI simuló buscarla por el local. Varias de las muchachas deambulaban entre las mesas, pero ignoraba quién era Janet.

—Pues no...

—Aquella. —Sharon señaló, con muy poca educación, por cierto, hacia una apartada mesa, distante de la pista y semioculta por una columna—. Janet es muy tímida y busca las mesas más... discretas. El tipo que está babeando junto a ella no tardará en desaparecer.

Sullivan descubrió a la pareja indicada.

Un individuo de reluciente calva abrazaba a una mujer, besándola en el cuello. El fulano parecía un pulpo.

—¿Cómo sabes que se largará, Sharon?

—Conozco al individuo. Es cliente habitual. Jamás invita a dos consumiciones. Janet ya ha tragado su combinado. Cuando haga ademán de solicitar otro, el tipo se levantará con elegante disculpa. Es un marrano.

Las palabras de Sharon resultaron proféticas.

No habían transcurrido más de cuatro minutos cuando el individuo se incorporó de la mesa, encaminándose hacia los lavabos.

Danny Sullivan aprovechó la ocasión para dirigirse a grandes zancadas hacia la semioculta mesa. Dificultado su paso por las parejas que retomaban a sus respectivas mesas tras la pieza musical. Algunas luces del local, no muchas, para mantener la intimidad, se encendieron.

Sullivan pudo contemplar más detenidamente a Janet.

Frisaba en los veinticinco años de edad. Excesivo maquillaje en su rostro, ya surcado por prematuras arrugas. Lucía un vestido que modelaba su cuerpo como una segunda piel. Profundo y atrevido escote en «V».

—Hola, Janet.

La mujer se estaba retocando la pintura de los labios. Sus ojos, sin brillo y asqueados de ver basura, contemplaron, curiosos, a Sullivan.

—¿Nos conocemos?

El agente del FBI se acomodó junto a la mujer.

—¡Seguro! ¿Ya no me recuerdas? ¡Fue una magnífica fiesta! Yo era

uno de los invitados de Gene Hunter en el Little Garden Hotel.

Un fugaz destello pasó por los ojos de Janet. Como una señal de alerta. La desconfianza y el temor se reflejaron en su rostro.

—Sufres un error, compañero. No he estado en ninguna fiesta. No me gustan.

Danny Sullivan sonrió, sacando su cajetilla de tabaco. La mujer rechazó el cigarrillo que le era ofrecido.

—Comprendo, Janet. Tienes miedo, ¿eh? Es lógico. También a mí se me puso la piel de gallina al enterarme de lo ocurrido; pero la policía no nos molestará. No tiene nuestros nombres.

Janet hizo ademán de incorporarse, pero Danny la retuvo por el brazo. Sonrió, aunque sus grises ojos brillaban peligrosamente.

—¿Adónde vas, nena? ¿No quieres tomar una botella de champaña conmigo?

—Tú no estabas en la fiesta. ¿Quién eres? ¿Un polizante?

—No.

—¡Apesta a policía!

Sullivan volvió a sonreír.

Prometió lavarse con un jabón especial.

—Te equivocas, Janet. No tengo tratos con la policía. Busco a Gene Hunter. Me enteré casualmente de su fiesta en el Little Garden Hotel.

—¿Cómo has averiguado que estuve allí?

—Eso no importa, nena. El buitre de Hunter me debe un buen puñado de dólares, y quiero recuperarlos. Tú le conoces, ¿verdad?

—No.

—Pienso pagar tu información, Janet. Generosamente. ¿Qué te parecen cien dólares?

—No conozco a Gene Hunter.

—Eras una de sus invitadas.

La mujer se encogió despreocupadamente de hombros.

—Acudo a cientos de fiestas sin conocer a sus anfitriones. Reuniones de negocios, convenciones, despedidas de solteros... Un individuo llegó al Sirocco buscando chicas para amenizar una reunión. Pagana bien y por anticipado. Acepté. Eso es todo lo que sé.

—¿Habías visto con anterioridad al individuo?

—No.

—Empiezo a cansarme de tus embustes, nena.

—Y yo, de tu interrogatorio. ¡Vete al diablo!

—Como quieras. El teniente Wilcoxon, de Homicidios, será quien prosiga el interrogatorio.

Janet, que se había incorporado airadamente de la silla, quedó inmóvil. Con lentitud, volvió a sentarse.

Sus mejillas estaban bañadas por una tenue palidez.

—¿Qué quieres decir?

Danny Sullivan se reclinó, exhalando una bocanada de humo. Sopló sobre la nívea ceniza del cigarrillo, haciéndola caer.

—Muy sencillo. El teniente Wilcoxon es quien lleva el caso del doble asesinato del Little Garden. Puede que reciba una llamada anónima. Una misteriosa voz informándole que tú estabas en la fiesta de Gene Hunter.

—¡Nada tengo que ver con esas dos muertes!

—No lo dudo, Janet; pero, de seguro, el teniente Wilcoxon disfrutará cruzando unas palabras contigo. La policía es muy molesta. Te importunan una y otra vez, sin descanso... Están deseosos de encontrar un sospechoso. Te apretarán las clavijas sin piedad.

—Hijo de perra...

Sullivan no se inmutó.

—¿Qué respondes?

—No sé nada. No conocía a Gene Hunter ni al individuo que me contrató.

Sullivan suspiró, resignado.

—Bien. El teniente recibirá esa llamada. No te sorprenda que acuda en tu busca de inmediato. Procura no enfadarle. Wilcoxon tiene muy mal carácter.

La mujer inclinó la cabeza.

—¿Qué quieres saber?

—Ya te lo he dicho. Dar con Gene Hunter o con el individuo que te contrató para la fiesta en el Little Garden.

Janet se mordisqueó instintivamente el labio inferior. Sus manos no ocultaron un leve temblor.

—Hablaré con algunas de mis compañeras. Tal vez ellas...

—Correcto, Janet. Espero aquí tu respuesta.

La mujer abandonó la mesa justo en el momento en que se

apagaban las luces de la sala. Un foco de rojiza luz se proyectó sobre el centro de la pista. Una muchacha inició una exótica danza. Ondulándose, provocativa, e imitando la popular danza oriental del vientre. La chica, para ser de Illinois, no lo hacía del todo mal.

El agente del FBI no pudo seguir con la mirada la marcha de Janet. Ésta desapareció, tragada por la oscuridad del local.

El foco rojo cambió, pasando por, todas las tonalidades del arco iris. El espectáculo terminó.

Los ojos de Sullivan, cuando de nuevo se encendieron las luces del local, buscaron a Janet.

Ni rastro de la mujer.

Danny Sullivan decidió esperarla encendiendo un segundo cigarrillo. Ya próximo a consumirlo, se le acercó uno de los empleados del Sirocco.

—Tiene una llamada telefónica, señor.

—¿Para mí?

—Me han indicado su mesa. Le llaman desde la primera cabina.

—Gracias. Oiga... —Sullivan sacó un fajo de billetes, que mostró a los codiciosos ojos del individuo. Apartó diez dólares—. Me gustaría conocer el domicilio particular de Janet.

El hombre se pasó la punta de la lengua por los labios, a la vez que lanzaba rápidas miradas de izquierda a derecha.

—No sé si debo... Tenemos prohibido...

Sullivan añadió cinco dólares más.

El empleado del club se dio por vencido, haciéndolos desaparecer en veloz movimiento.

—El 740 de Torts Boulevard.

—*Okay*, amigo.

Danny Sullivan grabó el dato en su mente. Acudió hacia la primera de las cabinas telefónicas, situadas al final del mostrador.

Atrapó el aparato.

—¿Sí?

—Soy Janet.

—Te escucho, nena. ¿Dónde estás?

—Tras el Sirocco. En la playa. Te llamo desde una de las cabinas exteriores. Es preferible que no nos vean juntos.

—¿Por qué tanto misterio?

—Puede que lo ignores —murmuró la mujer, con voz apenas

audible—, pero éste es un feo asunto. Tengo el nombre del individuo que me contrató para la fiesta en el Little Garden. Te espero aquí, en la playa...

—Oye... ¡Janet!

La mujer cortó la comunicación.

Danny Sullivan aún permaneció unos segundos en la cabina.

Pensativo.

Depositó el aparato sobre la horquilla, esbozando sus labios una fría sonrisa. Tras abonar su consumición, abandonó el local.

Frente al Sirocco, junto al aparcamiento existente, se alzaban dos cabinas públicas. Puede que desde allí telefonara Janet. Para llegar a la playa había que descender el artificial acantilado.

Danny Sullivan decidió acortar terreno, rechazando el sendero que circundaba el montículo. Descendió, a través de piedras y arena, por peligrosa y acentuada pendiente.

La oscuridad era total.

Las sombras de la noche dominaban aquella zona. Paralelamente a la larga playa, un asfaltado camino de nulo tránsito. El hombre del FBI llegó hasta él atravesando la calzada.

Se adentró en la fina arena de la playa.

Aún no había recorrido un par de yardas, cuando divisó a lo lejos los faros de un coche.

El vehículo avanzaba a gran velocidad por la carretera. Bruscamente, maniobró, desviándose del asfaltado camino. En dirección a la playa.

El motor rugió, potente, levantando tras sí gran cantidad de arena. Sin reducir su vertiginosa velocidad.

Los focos deslumbraron a Sullivan.

El agente del FBI retrocedió, intentando alcanzar la elevada cuneta de la carretera; pero el coche le cerraba el paso, aumentando la velocidad.

En dirección a él.

Con intención de embestir a Danny Sullivan. Éste quedó cegado por las intensas luces de los faros. El coche ya estaba a menos de veinte yardas. Rugiendo, siniestro.

Sullivan inició una suicida carrera.

En zigzag.

Su agilidad, de poco le sirvió.

Segundos más tarde, era alcanzado por el potente auto.

CAPÍTULO V

Danny Sullivan realizó un acrobático salto.

El guardabarros delantero rozó su pierna izquierda. El impulso le hizo caer rodando sobre la arena. Al intentar incorporarse, sonó la voz:

—¡Quieto!

Tres individuos habían descendido del coche.

El vehículo era un compacto «Falcon». Un viejo modelo de la casa Ford. Sus faros habían reducido en intensidad.

Sólo uno de los individuos aparecía armado. Suficiente, dado que manejaba una reluciente ametralladora «Browning». Los otros dos hombres hacían oscilar en su mano derecha cortas cadenas de acero.

Danny Sullivan se incorporó con lentitud.

Sonrió forzosamente.

—¡Eh, amigos!... Creo que sufren un error.

—Jamás cometemos errores —replicó el tipo de la «Browning»—.

Tú sí has cometido la lamentable equivocación de molestar a Janet.

—Ignoraba que era tu chica. Tranquilo. No volveré a pisarte el terreno. ¿Me puedo ir ya?

Uno de los individuos, luciendo un caído y espeso bigote a lo «Brassens», rió, divertido.

—Infiernos... Es un tipo gracioso, ¿verdad, Charles? ¿Le damos ya el repaso? Lo está pidiendo a gritos.

Charles era el de la «Browning». Tenía el labio superior partido en dos. Al sonreír, adquiriría un nauseabundo aspecto.

—Tal vez no sea necesario. Parece inteligente, Si respondes a un par de preguntas, te dejaremos libre. ¿Quién té informó de que Janet estuvo en la fiesta del Little Garden Hotel?

—Yo era uno de los invitados de Gene Hunter.

Charles chasqueó la lengua.

—No, no eres inteligente... Tu respuesta lo demuestra. ¿Quién eres?

¿Un detective privado?

—Soy representante de pelucas para leones calvos.

El tipo del bigote volvió a reír en desaforada carcajada.

—¡Eso ha estado bueno!

—Sí, muy gracioso —comentó Charles, sin la más leve sonrisa—. También nosotros somos unos fulanos divertidos. Lo vamos a demostrar. Adelante, muchachos. Marcadle las costillas.

Los dos individuos se distanciaron, avanzando hacia Sullivan. Haciendo girar sus cadenas.

—¿Empiezas tú, Gunn? —preguntó el bigotudo, descubriendo, al reír, unos nicotinizados dientes.

El llamado Gunn no respondió.

Aún no había pronunciado palabra alguna. Se limitó a acoplar en su zurda unos nudillos de acero.

El agente del FBI no retrocedió ante el avance de los dos hombres. Les esperó con las piernas entreabiertas y una leve sonrisa a flor de labios. Sus grises ojos brillaban con fuerza.

Como los de un gato.

También sus movimientos fueron felinos.

Danny Sullivan inició el ataque. Su reacción sorprendió a los dos hombres, que imaginaban acorralar a una víctima indefensa y atemorizada.

Gunn palideció al recibir el brutal patadón en el bajo vientre. Quedó boquiabierto. Sullivan no le dedicó más atención. Se ladeó a tiempo de esquivar la cadena de hierro manejada por el fulano del bigote. Trazó un mortal semicírculo, rozando la cabeza del agente.

Danny Sullivan proyectó su puño derecho contra la nariz del individuo. Acto seguido, le aplicó la zurda en el estómago, terminando con un contundente golpe de derecha.

Su enemigo bizqueó con estrábicos ojos.

Súbitamente, el agente del FBI profirió un alarido de dolor.

La cadena de acero, impulsada por Gunn, se había enroscado en su pierna derecha. Tras salvaje trallazo, Danny Sullivan cayó al suelo, dominando el lacerante dolor que estremecía su cuerpo.

Gunn se abalanzó sobre él.

Sullivan, con procedimientos poco ortodoxos, le recibió con el puño derecho y el pulgar extendido. Hacia el ojo izquierdo de Gunn. Éste comenzó a aullar como alma que lleva el diablo.

—¡Maldita sea! —gritó Charles, que contemplaba la escena a distancia—. ¡Apártate, Gunn! ¡Yo terminaré con él!

Apenas pronunciadas aquellas palabras, presionó el disparador de la «Browning».

La ráfaga de metralla trazó una línea de fuego sobre la arena, en busca de Sullivan. Éste echó mano a la funda sobaquera, mientras giraba desesperadamente sobre sí mismo, esquivando el mortífero plomo.

Danny Sullivan demostró haber asimilado con provecho las enseñanzas adquiridas en la Academia de Quántico. Avaladas por sus bien templados nervios y sangre fría.

Apretó el gatillo del
«Smith & Wesson».

Charles recibió el proyectil entre ceja y ceja. La «Browning» dejó de escupir fuego.

Gunn y el otro individuo también actuaron con pasmosa agilidad. Haciendo gala de una sospechosa prudencia. Al ver caer a su compañero Charles, se precipitaron hacia el «Ford», iniciando una vergonzosa huida. Con los faros del coche apagados para evitar todo posible blanco.

El agente del FBI disparó hacia las ruedas del vehículo, pero ya éste desaparecía en veloz carrera, amparado por la oscuridad de la noche.

Danny Sullivan acudió junto al cadáver de Charles, comenzando a registrar sus bolsillos. Amortiguado por la distancia, escuchó el lejano ulular de una sirena. Se apoderó de una cartera encontrada en los bolsillos de Gunn, optando por abandonar cuanto antes aquel comprometido lugar.

Empezó a correr en dirección opuesta al club Sirocco.

También las sombras de la noche protegieron al agente. Divisó, a lo lejos, por el camino paralelo a la playa, un coche de la Metropolitan Police, con la luz roja girando sobre la capota.

Sullivan prosiguió su incansable carrera.

Próximo a la Stacy Avenue, se detuvo, jadeante.

Allí el tránsito era más intenso, y numerosos peatones deambulaban por las aceras.

Se entremezcló con ellos.

Danny Sullivan encendió un cigarrillo sin que su pulso delatara el menor temblor. Segundos más tarde, paseaba por las concurridas calles de Miami Beach como un despreocupado y feliz turista.

«Charles Robinson, de Montgomery, Alabama, nacido el 21 de marzo de 1939, soltero, de profesión mecánico de automóviles, con domicilio habitual en Montgomery...».

La cédula de identidad llevaba más de cuatro años caducada. Puede que aquel domicilio ya no fuera correcto. Al igual que la profesión. Charles había cambiado de herramienta. Ahora, para su trabajo empleó la «Browning».

Danny Sullivan, sentado en la terraza de un bar en una céntrica calle de Miami Beach, prosiguió examinando la cartera arrebatada a Charles.

Junto con la cédula de identidad, varios boletos de apuestas, unos cuatrocientos dólares en billetes pequeños, un boleto para el frontón, una mugrienta fotografía de una mujer, dos papeletas de infracción de tráfico y...

Sullivan casi dio un salto en la silla.

Contempló, estupefacto, aquella rectangular cartulina color marfil.

Era una invitación a nombre de Charles Robinson.

Un pase para asistir a la recepción que se iba a celebrar en honor del presidente Francisco Daniel Córdoba, el próximo catorce de junio.

Dentro de dos días.

Danny Sullivan permaneció largos minutos con la mirada fija en la cartulina.

¿Cómo pudo llegar tan importante invitación a manos de un individuo como Charles Robinson? ¿Quién se la proporcionó?

Los temores del inspector Sheffield se iban a cumplir. La tramoya parecía levantarse en torno al presidente Córdoba.

¿Con el propósito de asesinarle?

¿Era eso lo que descubrió Ralph Heywood?

El agente del FBI se incorporó, depositando unas monedas sobre la mesa. Eran demasiadas las preguntas que necesitaban urgente respuesta. Antes de dos días. Antes de la llegada del presidente Córdoba a Florida.

Sullivan detuvo un taxi.

—Al Torts Boulevard.

Se reclinó en el asiento, llevándose un cigarrillo a los labios. Sólo

tenía una carta por jugar: Janet.

La cocktail-waitress del Sirocco.

Ella fue quien dio aviso a Charles Robinson y a los otros dos individuos. Estaba complicada en el asunto hasta las orejas. Le citó en la playa, convencida de que Charles acabaría con él.

Sí.

Janet tenía mucho que decir.

Danny Sullivan emplearía ahora otros métodos para obligarla a hablar. Sin contemplaciones.

—¿Qué número?

—¿Cómo? —Parpadeó Sullivan, roto el hilo de sus pensamientos.

—El número —volvió a repetir el taxista, sin girar la cabeza—. Ya estamos en Torts Boulevard.

El agente del FBI lanzó una superficial mirada hacia la amplia avenida escoltada por descomunales palmeras. Fugazmente, divisó el número de uno de los *bungalows*. Estaban a la altura del 450.

—Pare aquí mismo.

Danny Sullivan descendió del vehículo, despidiendo al conductor.

Torts Boulevard era una longitudinal avenida dentro de la zona residencial de Barrio Holton. Todas las viviendas, en su mayoría de una sola planta, eran lujosos *bungalows*.

Potentes faroles iluminaban la calzada.

Sullivan comenzó a recorrer el tramo que le separaba del 740. Una instintiva prudencia le indicó no llegar ante el domicilio de Janet a bordo del taxi.

Consultó la esfera del reloj.

Lo avanzado de la hora hacía que Torts Boulevard apareciera solitario. Pocos viandantes y tránsito casi nulo. Algunos coches estacionados a ambos lados. No muchos, dado que los *bungalows* contaban con garaje particular.

Llegó ante el 740.

Un *bungalow* de planta rectangular, pequeño jardín a la entrada y circular piscina. Separado de sus respectivos vecinos por un alto seto. Cercado y débilmente protegido por una cancela de fácil acceso.

Danny Sullivan la franqueó sin dificultad alguna, recorriendo el arenoso camino que conducía al *bungalow*.

Una de las ventanas aparecía iluminada.

Janet debía haber regresado de su jornada laboral en el Sirocco. Muy productiva para poder costear aquella vivienda.

El agente llegó ante la puerta.

Se disponía a pulsar el llamador cuando se percató de que la puerta permanecía entreabierta.

Aquello no le gustó.

Su diestra se apoderó del reglamentario revólver del 38, a la vez que, con la mano izquierda, empujaba suavemente la hoja de madera.

El *living* no estaba iluminado, pero la visión era perfecta, debido a la luz procedente del abierto salón.

Danny Sullivan se encaminó hacia allí.

Extremando sus precauciones.

El salón era amplio. La ventana, *bow window*, con los cortinajes echados. Profusión de adornos en las paredes. Sillería tapizada en seda azul. Mueble-bar con televisor acoplado. Un largo sofá...

Y sobre el sofá, Janet.

Con las ropas destrozadas. En un baño de sangre. Una ancha cinta adhesiva taponaba su boca. Las manos, atadas a la espalda. Infinitas heridas por todo su cuerpo. Surcos de sangre que teñían de rojo el tapizado.

Janet permanecía con la cabeza ladeada. Apenas unida al tronco. La yugular, brutalmente cortada. Los ojos de la infortunada mujer, desorbitados en indescriptible mueca de terror. También sus desencajadas facciones reflejaban un infinito pánico.

Aquellos ojos estaban fijos en Sullivan.

Parecían seguir sus movimientos.

El agente del FBI experimentó la misma sensación que el teniente Wilcoxon. Ante aquel espeluznante y monstruoso crimen, sintió deseos de vomitar, pero la furia fue más fuerte.

La ira por atrapar al sádico asesino.

Danny Sullivan avanzó con lentitud.

Con las mandíbulas fuertemente apretadas y sus grises ojos brillando con sorda rabia.

Fue entonces cuando escuchó aquel leve sonido. Un tenue y apenas perceptible ruido, procedente de la habitación contigua.

Sullivan giró con rapidez, posando su dura mirada en la cerrada puerta que se comunicaba con el salón.

Avanzó, con fría sonrisa.

El asesino estaba allí.

Y Danny Sullivan iba a hacerle pagar su repugnante crimen.

CAPÍTULO VI

Danny Sullivan hizo girar, con lentitud, el pomo de la puerta. Súbitamente, la abrió de violento empujón, a la vez que se hacía a un lado. Con el dedo índice alrededor del gatillo del «Smith & Wesson».

Presto a disparar. A responder al fuego.

Nada sucedió.

Todo era silencio en el interior de la estancia. También oscuridad. La luz que llegaba del salón resultaba insuficiente.

El agente del FBI se aventuró a dibujar su silueta bajo el umbral. Los grises ojos de Sullivan escudriñaron las negras sombras. Los muebles que formaban el dormitorio se elevaban, fantasmagóricos.

Danny Sullivan penetró en la habitación.

Acostumbrando sus ojos a aquella penumbra.

Al fondo de la estancia divisó una segunda puerta, que sin duda conducía a la sala de baño. Pasó junto al lecho, sorteando los muebles. De pronto, fugazmente reflejada en el espejo del tocador, vio una sombra saltar sobre él.

Sullivan se ladeó, pero no consiguió esquivar por completo el golpe. Su enemigo le había propinado un mortal golpe de karate que, de alcanzarle de lleno, hubiera acabado con el agente. Éste cayó de rodillas. Todo su cuerpo parecía haber recibido una descarga eléctrica.

Un patadón en su diestra le hizo soltar el revólver; pero Sullivan reaccionó. Su mano izquierda, en pasmoso alarde de reflejos, logró atrapar el pie de su contrario y tirar de él.

Aquella fantasmagórica sombra era experta *en* karate.

Con pies y manos, intentó propinar a Sullivan mortíferos golpes, pero el agente del FBI ya se había repuesto.

También él era especialista en karate.

Podía fulminar a su enemigo con un simple golpe.

No lo hizo.

Le interesaba cazarle con vida.

Se abalanzó sobre su contrario. Su cabeza le golpeó en el estómago,

a la vez que sus manos se aferraban a la cintura, cayendo ambos en feroz abrazo. Su enemigo era de débil complexión. Delgado y de poco peso, aunque escurridizo como una anguila. Intentó zafarse del cuerpo a cuerpo, pero Sullivan se lo impidió.

De pronto, las manos de Danny Sullivan quedaron inmóviles sobre el pecho de su contrario. Una mueca de estupor se reflejó en el rostro del

G-men

. Aquella indecisión fue aprovechada.

Un brutal rodillazo en el bajo vientre dobló a Sullivan.

La fantasmagórica sombra se incorporó, emprendiendo veloz huida.

Danny gateó hasta apoderarse del

«Smith & Wesson».

El intenso dolor resultaba menor que la sorpresa aún dibujada en las facciones del agente.

¡Había estado luchando contra una mujer!

Una mujer que casi le deja *knock-out*.

Sullivan se levantó, maldiciendo y renegando su falta de reflejos.

Cuando sus manos descubrieron que peleaba contra una mujer, no debieron permanecer inmóviles, sino atizar aún con más fuerza.

El agente del FBI corrió hacia el salón. Ni tan siquiera dirigió una última mirada al cadáver de la infortunada Janet. Su única idea era alcanzar a la misteriosa mujer.

La puerta de salida del *bungalow* aparecía abierta.

Danny Sullivan abandonó la casa, atravesando el pequeño jardín.

De ágil salto, salvó el seto que circundaba el *bungalow*. Al pisar el asfalto de Torts Boulevard, un sonido erizó sus cabellos.

Una sirena.

El coche de la Metropolitan Police era visible en la longitudinal avenida. Avanzaba a gran velocidad.

El agente comenzó a sudar.

Inútil iniciar la huida. Sin un vehículo, sus posibilidades eran nulas.

De caer en manos del teniente Wilcoxon, resultaría difícil explicarle la muerte de Janet. Mucha pérdida de tiempo, que Sullivan no podía permitir.

Súbitamente, un «Chevrolet» rojo surgió de una de las bocacalles.

Con estridente chirriar en sus ruedas, giró para enfilear Torts Boulevard. Al volante, una mujer.

La que abandonara precipitadamente el *bungalow* de Janet.

Sullivan corrió hacia el coche.

—¡Detente, bruja!

La mujer pisó a fondo el acelerador. El «Chevrolet», un aerodinámico y deportivo «Corvette», pareció saltar en el asfalto en dirección a Sullivan. Éste lo esquivó milagrosamente, aunque sin poder mantener el equilibrio.

El «Corvette» se detuvo para iniciar marcha atrás.

Dispuesto a aplastar con sus ruedas al agente del FBI.

El ulular de la sirena del coche patrulla se oía más cercano.

Las ruedas traseras del «Corvette» rozaron a Sullivan. El rostro de la mujer se transfiguró al contemplar de cerca al caído. Su voz sonó potente y autoritaria:

—¡Adentro, Danny!... ¡Pronto!

Sullivan parpadeó, estupefacto, pero en esta ocasión sus reflejos respondieron. Su capacidad de reacción fue total. De acrobático salto, se precipitó sobre el «Corvette», que emprendió vertiginosa carrera. El cuerpo del agente del FBI se balanceó unos segundos para luego caer sobre el asiento.

La velocidad del «Corvette», por Torts Boulevard, superó los doscientos kilómetros por hora, dejando atrás al coche patrulla de la Metropolitan Police.

Danny Sullivan ya se había acomodado correctamente en el asiento. Contempló, sonriente, a la mujer, que manejaba el volante con escalofriante destreza. Dobló hacia Scott Tower, abandonando Torts Boulevard. Soltó el pedal del gas. Al dejar Barrio Holton, las calles eran de mayor tránsito, y no resultaba prudente surcarlas a tan endiablada velocidad.

Sullivan giró la cabeza.

—Creo que los hemos despistado.

La mujer no hizo ningún comentario.

Siguió con la mirada fija al frente.

Realizó hábiles maniobras, entrando por calles poco concurridas. Minutos más tarde, tras ensortijado recorrido, detuvo el coche ante un descomunal edificio en construcción.

Desvió su mirada hacia Sullivan.

También los ojos del agente contemplaron fijamente a la mujer.

Llevaba el negro pelo recogido y semioculto por una negra gorra.

Así se resaltaba el perfecto óvalo de su rostro. Sus ojos, verdes y rasgados, tenían un fuerte brillo. La nariz era breve. Labios gordezuelos, húmedos, sensuales... Su vestimenta era extraña. Propia de un «rata de hotel». Un traje-pantalón de una sola pieza en negra fibra, que se ajustaba a su cuerpo de forma inverosímil. Difícilmente se podía respirar dentro de él. Modelaba su cuerpo hasta límites insospechados. La cintura de odalisca y las caderas de suave curva se delineaban en toda su turbadora perfección.

Era muy joven.

Alrededor de los veinticinco años.

Danny Sullivan conocía con exactitud la edad de la muchacha.

Veintidós años.

También conocía su nombre y su arriesgada profesión.

Stella Tingwell, agente de la CIA.

* * *

Los brazos de la muchacha se enroscaron en el cuello de Sullivan.

—Bésame, Danny...

El hombre del FBI no se hizo repetir la orden. Sus manos abarcaron la cintura femenina, atrayéndola contra sí.

Unieron sus bocas.

Un beso muy fugaz.

—Danny, hijo de perra..., sucio bastardo..., rata de cloaca... —le gritó ella, inesperadamente.

Sullivan se pasó el dorso de la mano por los labios, tras apartarse bruscamente de la joven.

—Maldita sea... ¿Qué diablos te ocurre?

Los verdes ojos de Stella Tingwell relampaguearon de ira.

—¿Qué me ocurre? Yo no olvido con facilidad, Danny.

—¿Me guardas rencor por la pelea en el *bungalow*? Yo he llevado la peor parte. Ignoraba que eras tú quien...

—¡Al diablo con eso! Demasiado sabes a lo que me refiero. Recuerdas la última vez que nos vimos, ¿no? Navidades de 1972. Un coquetón apartamento de Murray Hill, en Nueva York. Nos bañábamos en champaña para celebrar mi triunfo. Había logrado rescatar un importante *dossier*, arrebatado a la NASA por agentes extranjeros. También el FBI iba tras él. Al día siguiente, tenía una

fuerte resaca. Tú habías desaparecido, llevándote el *dossier*. Los diarios vespertinos anunciaron, en grandes titulares, la nueva hazaña del Federal Bureau of Investigation, cuando en realidad el triunfo era mío. De la CIA.

—Sufres un error. Yo...

—¡Bastardo!

—Tranquilízate, Stella. Quise explicarte lo ocurrido, pero te largaste en misión especial a...

—¿Explicarme? —interrumpió la muchacha, con acritud—. ¿Qué cosa?

—Te tomaron el pelo, nena. Aquello no era el *dossier* robado. Te dieron gato por liebre. Lo estudié detenidamente mientras tú estabas bajo los efectos del champaña.

—¿Quieres hacerme creer...?

—Tú realizaste un magnífico trabajo, Stella. Lo reconozco. Gracias a ti, sabía a quién dirigirme. Llegué a tiempo. El fulano, con el verdadero *dossier*, ya estaba con un pie en el avión, dispuesto a abandonar el país.

—¿Es cierto eso?

—Por supuesto. ¿Te he engañado alguna vez?

Danny Sullivan lamentó de inmediato haber pronunciado aquellas palabras. Había engañado a Stella en infinidad de ocasiones.

La muchacha terminó por sonreír.

—Bien... No soy rencorosa. Me conformo con haberte atizado en el *bungalow* de Janet Mann. De saber que eras tú, me hubiera empleado más a fondo. Cuando me disponía a aplastarte con el coche, te identifiqué. Has salvado el pellejo por muy poco, Danny.

—¿Qué hacías allí?

Stella dejó escapar, en cantarina risa, los cascabeles de su garganta.

Aquella risa hizo que la sangre de Sullivan galopara.

Stella Tingwell era una mujer diabólicamente seductora... y peligrosa como una serpiente de cascabel.

—Eres muy gracioso, Danny. Muy gracioso. Antes de confiarte un secreto, lo pregonaría a rusos y chinos.

—Estoy de vacaciones, Stella. Una semana pagada en Miami Beach.

—¿De veras? El FBI no paga ni los desplazamientos en el *subway*. Tras la lamentable muerte de Hoover, os han apretado más el cinturón.

—Ciertamente, no podemos compararnos a la todopoderosa Central Intelligence Agency.

Los carnosos labios de Stella continuaron sonrientes, aunque también sus verdes ojos mantenían el peligroso brillo.

—Ignoro el motivo de tu estancia en Miami, Danny. No me importa. Hoy te he ayudado. De dejarte en Torts Boulevard, lo hubieras pasado mal, dando explicaciones al teniente Wilcoxon sobre la muerte de Janet Mann. La Metropolitan Police gusta de importunar a los individuos como tú. Disfrutan fastidiando a los agentes del FBI.

—Te estoy muy agradecido, Stella.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino, Danny. Cada uno por un lado, y que Dios reparta suerte. *¿Okay?*

—Creo que los dos seguimos un mismo fin, Stella. ¿Por qué no colaborar juntos?

—¿El FBI y la CIA unidos?

—¿Por qué no? Éxito seguro.

—No lo dudo, Danny. Éxito seguro... y nuevo laurel para el Federal Bureau of Investigation. Te conozco bien. Me borrarías del mapa, con tal de apuntar un nuevo triunfo al FBI. Vuestra publicidad empieza a cansar, Danny.

—Te equivocas. Son tantos los triunfos, que nos aburren. Todo lo contrario que en la CIA, desde el

«U-2»

de Powers y la «invasión» de Cuba no habéis vuelto a levantar cabeza.

—No seas ridículo, querido. A la Central Intelligence Agency no le gusta la autopublicidad. No podemos pregonarlos, pero nuestros éxitos son extraordinarios. Tan sensacionales, que no pueden ser del dominio público.

—¿Tales como elevar al poder al presidente Francisco Daniel Córdoba?

—Es un buen ejemplo, Danny. Y con él termina nuestra conversación. —Stella atrapó un pequeño envoltorio situado bajo el asiento. Descendió del coche—. No te vuelvas, querido. Voy a cambiarme de ropa.

Danny Sullivan, caballeramente, no giró la cabeza hasta que la muchacha terminó de acoplarse el nuevo vestido.

—¿Por qué girar la cabeza, si podía verlo todo por el espejo

retrovisor?

—Bien, Danny. Ha sido un placer volver a saludarte. Adiós.

—¿Dejas aquí el coche?

Stella rió, divertida.

—El coche es robado.

—¿Robado?

—Me apoderé de él en la Collins Avenue para poder desplazarme hasta el *bungalow* de Janet. Era lo más prudente. De llevar mi «Mustang», y surgir dificultades, hubieran podido tomar la matrícula. Tampoco yo quiero relacionarme con el teniente Wilcoxon. Son muy pesados en la Sección de Homicidios. Te aconsejo que no sigas en el «Corvette». Su propietario ya habrá denunciado la desaparición.

Sullivan sonrió.

Admirando la inteligencia de Stella.

Belleza e inteligencia.

Dos cualidades que difícilmente se encuentran en una mujer.

—¿En qué hotel te hospedas, Stella?

—En ninguno. He alquilado un *efficiency apartment*. Así tengo más libertad de movimientos.

—No quieres colaborar conmigo, ¿verdad?

—No, Danny. Eres un mal bicho.

El agente del FBI extrajo su cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo, con fingida indiferencia.

—Fracasarás, pequeña. Lo sé. No podrás evitar la muerte del presidente Francisco Daniel Córdoba. Está sentenciado.

La sonrisa desapareció de los gordezuelos labios de la muchacha.

Contempló inquisitivamente a Sullivan.

—¿Qué sabes tú de eso?

El agente guardó silencio.

Exhaló una bocanada de humo, ignorando la pregunta de Stella. Ésta apretó con fuerza los puños, haciendo que sus verdes ojos llamearan.

—De acuerdo, Danny. Tú ganas. Voy a ceder, aunque sé que me arrepentiré de ello. También yo creo que seguimos un mismo objetivo. Idéntica misión. Unamos nuestros esfuerzos. Impongo una condición, Danny.

—¿Cuál?

—Si trabajamos juntos, significa que compartimos el fracaso o el triunfo. Si todo sale bien, el FBI reconocerá haber recibido la colaboración valiosa de la CIA.

Sullivan sonrió, abandonando el «Corvette».

—De acuerdo, Stella. Para celebrar nuestra unión... ¿por qué no me invitas a tomar una copa en tu apartamento?

CAPÍTULO VII

Los *efficiency apartment* gozaban de popularidad en Miami Beach para los turistas que deseaban prolongar su estancia. El alquiler, en comparación con los elevados precios de los hoteles, resultaba ventajoso. En verano, estación fuera de temporada para Miami, era relativamente fácil conseguirlos.

La mayoría de ellos, reducidos. De una o dos habitaciones, salón-comedor y cocina. Todos ellos, próximos a la playa.

Danny Sullivan, acomodado en un largo sofá, sostenía un vaso de *whisky* en su diestra.

Dirigió una fugaz mirada por el salón.

—¿Gastos a cargo de la CIA, Stella?

—Ajá.

—Muy generosos. ¿Cuánto tiempo llevas en Miami?

—Un par de semanas. Desde que se anunció oficialmente la visita del presidente Córdoba.

—¿Formarás parte del comité de recepción?

Stella se sentó junto al agente, cruzando seductoramente las piernas.

—Algo parecido. Vamos a poner las cartas boca arriba, Danny. Tú no estás aquí de vacaciones. Te ha enviado el inspector Sheffield. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Cuál es tu misión?

—Descubrir al asesino de los Heywood.

—Mientes. El FBI no se molestaría en...

—Un momento, Stella. No seas impaciente. Ralph Heywood, la misma noche de su muerte, intentó comunicarse con el inspector Sheffield. No llegó a celebrarse la conversación. La muerte acudió antes. Era, en verdad, muy sorprendente que Heywood, en plena y feliz luna de miel, deseara comunicación urgente con el FBI. ¿Por qué? ¿Qué quería comunicar a Sheffield? ¿Por qué le mataron? Debo conocer la respuesta a esas preguntas. Por eso estoy aquí.

—Sin embargo, tú has mencionado al presidente Córdoba.

—El inspector Sheffield es zorro viejo. Un sexto sentido parece advertirle del peligro. Comentó la posibilidad de que Francisco Daniel Córdoba podía sufrir un atentado, y que fuera eso lo que Heywood deseaba comunicarnos.

—¿Se han confirmado las sospechas del inspector?

Danny Sullivan bebió el *whisky* a pequeños sorbos. Sin apartar los ojos del bello rostro de Stella.

—Creo que sí, aunque poco he logrado averiguar. Los Heywood fueron asesinados en la planta nupcial del Little Garden. Controlada por el personal del hotel. Un control algo ridículo, pero que me sirvió de pista. Un tal Gene Hunter celebró allí una pequeña fiesta con una veintena de invitados.

—Y Janet Mann era una de las personas invitadas.

El agente sonrió.

—¿También tú empezaste por ahí?

—Sigue hablando, Danny. Luego me tocará a mí el turno.

—Bien. Efectivamente, descubrí que Janet estuvo en la fiesta. Acudí al Sirocco, un club donde ella trabajaba, y empecé a interrogarla. Janet negó su asistencia al Little Garden, pero terminó por confesar. Dijo haber sido contratada por un individuo para amenizar la velada. Me citó en la playa para revelarme el nombre del fulano, pero ella no apareció. Me envió a tres hombres para que me despacharan. Logré acabar con uno de ellos, un tal Charles Robinson, y los otros dos huyeron. El enviarme a aquellos matones delataba a Janet. Por eso decidí visitarla en su propio domicilio. Y allí te encontré a ti. A poca distancia del cadáver de Janet.

Sullivan quedó en silencio.

Terminando de beber el *whisky*.

—¿Eso es todo? —inquirió Stella, visiblemente decepcionada—. No te creo. No has dicho nada que pueda relacionarse con el presidente Córdoba. ¿Por qué entonces sospechas de un posible atentado?

El agente del FBI extrajo la rectangular cartulina del bolsillo superior de su chaqueta.

La tendió hacia la joven.

—Echa un vistazo a esto.

La muchacha contempló la invitación con incrédulos ojos. El estupor se reflejó en sus facciones.

—A nombre de Charles Robinson... ¿El individuo que te atacó en la

playa del Sirocco?

—Sí.

—Es increíble... Para la recepción al presidente Córdoba se han tomado extremas medidas de seguridad. Ni un solo periodista tiene acceso. Para conseguir una invitación como ésta es preciso someterse a un riguroso control, y únicamente están destinadas a relevantes personalidades que...

—Charles Robinson no tenía aspecto de senador —ironizó Sullivan—. Simplemente, era un virtuoso de la «Browning».

Stella aún no había salido de su asombro.

Mantenía la mirada fija en la cartulina.

—Contadas personas pueden expedir estas invitaciones, Danny. Muy contadas. El enviado de Washington, que intentará convencer al presidente Córdoba de la instalación de bases USA, viaja con un reducido número de colaboradores. Hombres del Gobierno de su entera confianza. También estará presente el embajador del presidente Córdoba en Washington.

—¿El embajador? ¿Acaso ya ha sido nombrado? Si las relaciones diplomáticas no se han formalizado oficialmente no es...

—Hablo del embajador Carlos Romans. Nombrado, hace un par de años, por el derrotado gobierno.

—Lo sé. Romans era fiel al viejo presidente. ¿Acaso no le ha afectado el golpe de estado en su país? ¿Se ha pasado a las huestes del presidente Córdoba?

—Eso parece. Ahora se muestra en favor de Córdoba. Se cambia con facilidad de camisa, Danny. Es cosa normal.

—No me agradan los individuos de esa índole. El presidente Córdoba, al hacerse cargo del poder, debió destituir a los que trabajaron para el anterior gobierno. Incluido Carlos Romans.

—El embajador Romans le ha expresado su satisfacción por la subida al poder. Tal vez quiera seguir en el puesto y humilla la cabeza ante Córdoba.

—No me gusta —volvió a repetir Sullivan.

—Tenemos vigilado a Romans. La CIA ha colaborado con Córdoba para que en el golpe de estado resultara vencedor. Con Francisco Daniel Córdoba como presidente, tenemos asegurado un fiel aliado, y la casi seguridad de la instalación de bases militares. Nos ha costado muchos esfuerzos conseguirlo, Danny. Por eso no

toleraremos que nadie atente contra la vida de Córdoba. Cuando el presente de por concluida la visita a Florida, también terminará mi misión.

—Resultará difícil protegerle la vida.

—Ya te he dicho que pocas personas acudirán a la recepción. El enviado de Washington, el embajador Romans, altas personalidades de Miami...

—¿Todos miembros oficiales?

—No todos. También estará presente Clinton Simmons.

—¿Clinton Simmons? ¿El de la Simmons Oil?

—Sí, Danny. ¿Te sorprende? El presidente Córdoba le ha concedido el honor de una entrevista privada. Lógica. El presidente comprende las inquietudes de Simmons. Éste tiene la central de su industria en el territorio dominado por Córdoba. De allí surgen las ramificaciones de la Simmons Oil.

—¿No fueron nacionalizadas todas las propiedades norteamericanas por el anterior gobierno?

—Correcto, Danny. Por el anterior gobierno —recalcó Stella con una sonrisa—. El presidente Córdoba es un buen amigo de Estados Unidos. Con nuestra ayuda ha conseguido el poder. Hablará con Clinton Simmons.

—¿Para devolverle la Simmons Oil?

—Sería un buen detalle de amistad. La Simmons Oil pertenece a un importante ciudadano norteamericano.

El presidente Córdoba está dispuesto a hacer concesiones a cambio de ayuda económica para su país. No surgirán complicaciones. El es el primero en querer colaborar con nosotros.

Sullivan dejó el vaso de *whisky* sobre la mesa cercana. Atrapó una cajetilla de tabaco encendiendo un cigarrillo.

—No lo dudo, pero es precisamente ese deseo de colaboración con Estados Unidos lo que no gustará a ciertos países vecinos del presidente Córdoba. Incluso a más de una potencia extranjera se le revolverá el estómago con la implantación de bases militares USA en territorio dominado por Córdoba. Muchos problemas que quedarían solucionados con un simple balazo en la cabeza del nuevo presidente.

—Eso es lo que debemos evitar, Danny. También yo estoy convencida de que se atentará contra la vida, de Córdoba.

—¿Por qué?

—Heywood me lo dijo.

El agente del FBI no pudo evitar un respingo.

—¿Heywood? ¿Cuándo?

—Antes de morir, por supuesto. Encontré a Ralph y Audrey cenando en el café Auric, un restaurante francés de la Meridian Avenue. Yo estaba allí acompañada de Clinton Simmons, su secretaria particular y del embajador Romans.

—Creo recordar que Heywood trabajó en una ocasión para Clinton Simmons. Un robo en la nómina de la Simmons Oil de Nueva York que...

—Sí. Heywood y Simmons eran viejos conocidos. El matrimonio se unió a nuestra mesa. Finalizada la velada, cuando recogíamos nuestras prendas en el guardarropa, Heywood me susurró unas palabras. Con su característica ironía. Con su sempiterna sonrisa a flor de labios... Las recuerdo textualmente... «El bueno de Romans pronto volverá a cambiar de presidente». Sí, Danny. Ésas fueron las palabras. Yo le miré, sorprendida, interrogándole con la mirada.

—¿No te dijo nada más?

—Añadió que no daba un centavo por la piel de Francisco Daniel Córdoba. La llegada del embajador Romans interrumpió nuestra conversación; pero yo quería reanudarla. Heywood era el mejor detective de Nueva York. Jamás hablaba sin fundamento. Por eso, horas más tarde, acudí al Little Garden Hotel. El recepcionista de la planta nupcial no me permitió la entrada. Llegué en el momento en que un grupo de hombres y mujeres abandonaban una de las *suites*.

—Los invitados de Gene Hunter.

Stella asintió con una sonrisa en sus gordezuelos labios.

—Creo que los dos hemos seguido la misma pista, Danny. Vi cómo una de las chicas saludaba a un empleado del hotel. Más tarde, cuando se descubrió el doble crimen, recordé el detalle. No me resultó difícil sonsacar al empleado del hotel el domicilio de la chica. Janet Mann, 740 de Torts Boulevard en la zona residencial de Barrio Holton. No me mencionó su trabajo en el Sirocco. Acudí directamente a su domicilio. Cuando llegué ya estaba muerta. Me disponía a registrar el apartamento cuando apareciste tú.

—Y a los pocos minutos la policía.

—Sí..., alguien les dio el aviso.

—Ese alguien sólo pudo ser el asesino. El mismo que mató a los Heywood. Janet, al igual que Audrey, tenía la boca taponada con una cinta adhesiva y las manos atadas a la espalda. Las dos con la yugular cortada, con infinidad de heridas en el cuerpo y...

—Un crimen monstruoso, Danny. Escalofriante. Temblé de pies a cabeza al descubrir el ensangrentado cadáver.

—Comunicaré el *modus operandi* al inspector Sheffield. En el FBI disponemos de un fabuloso archivo.

Stella bostezó, significativa.

—Es una bonita manera de perder el tiempo.

—¿Tú crees? También haré una visita de cumplido a Clinton Simmons y al embajador Romans. ¿Se encuentran en Miami Beach?

—Sí. Nuestro querido embajador se hospeda en el Little Garden Hotel. Curioso, ¿verdad?

Los grises ojos de Sullivan acentuaron su metálico brillo contemplando, inquisitivos, a la muchacha.

—¿Es cierto eso?

—Habitación 107. ¿Sospechas de Romans?

—Jamás me dejo influir por simples detalles ni formulo precipitados juicios. Así evito el cometer errores. ¿Sospechosos? Eso es propio de policías principiantes. Yo voy directamente al culpable.

—¡Oh, sí!... Lo había olvidado. ¡Estoy ante el gran Sullivan!

—Ésa es la suerte que tienes, nena. A mi lado puedes aprender muchas cosas.

Danny había añadido la acción a la palabra.

Su brazo derecho rodeó los hombros de Stella, mientras que el izquierdo abarcaba la cimbreante cintura femenina. Se inclinó sobre la muchacha, besándola en la comisura de la boca.

—Stella... he soñado contigo en infinidad de ocasiones...

—También yo he tenido pesadillas, Danny.

—¿Sí?

—¿Recuerdas el golpe de karate que esquivaste en el *bungalow*?

Se detuvieron.

—Sí..., creo recordarlo.

—Ahora no fallaría, Danny. Te lo advierto. Con ello quiero decirte que quites tus zarpas de mí.

Sullivan obedeció.

Se incorporó del sofá, ahogando un suspiro de resignación. Fue

hacia el mueble-bar para servirse una segunda dosis de *whisky*.

—Me sigues guardando rencor por lo del *dossier*. Triste, Stella. Muy triste...

—Ya te has tomado un *whisky*, Danny. Dentro de pocas horas amanecerá. ¿Por qué no te largas ya?

Danny Sullivan parpadeó repetidamente.

—¿Marcharme? ¿A estas horas?... ¡Por Dios, Stella! No pretenderás que...

—Aquí no dispongo de sitio para ti, Danny. Lo lamento.

—Puedo dormir en el sofá.

Se miraron a los ojos.

Fijamente.

Stella terminó por sonreír.

—Como quieras —la muchacha se encaminó hacia la puerta que conducía al único dormitorio—. Buenas noches, querido. No te olvides de apagar las luces.

Sullivan tragó saliva, contemplando el innato movimiento de caderas de la joven. Era en verdad una mujer fuera de serie. Digna de presentarse a la próxima elección de *Miss Universo*. Con grandes posibilidades de triunfo.

El agente del FBI encendió un nuevo cigarrillo. Con la mirada fija en la puerta tras la cual había desaparecido Stella.

Vació el vaso de *whisky*.

Los prudenciales minutos habían transcurrido.

Danny Sullivan sonrió con suficiencia, a la vez que avanzaba hacia la puerta. Aquella sonrisa se heló en sus labios al comprobar que Stella había pasado el cerrojo.

* * *

Danny Sullivan entreabrió los ojos.

Los incipientes rayos del sol penetraban con inusitada fuerza. Los cortinajes del amplio ventanal, recogidos a ambos lados, permitían la máxima claridad.

También llegaba el trepidante tema *Rock and roll* de Gary Glitter.

El agente parpadeó una y otra vez para despejar su somnolencia.

Al intentar incorporarse no pudo evitar una mueca de dolor. Tenía

agujetas en todo el cuerpo, debido a la mala noche pasada en el largo sofá. Había dormido vestido. Tan sólo se despojó de la chaqueta y zapatos.

La puerta correspondiente al dormitorio de Stella estaba abierta. Sullivan avanzó con vacilante paso.

La muchacha no se hallaba en la estancia. El lecho esa desorden. Una media de fino nylon sobre la alfombra y varias prendas interiores, que terminaron por despejar el sueño de Sullivan.

La puerta que comunicaba con el baño también aparecía abierta. Sobre el espejo y escrito con lápiz de labios, un breve mensaje.

«Buenos días, amor».

Danny Sullivan sonrió.

Stella le había dejado preparado el baño. Dos toallas, colonia, loción, un precintado cepillo de dientes e incluso una maquinilla de afeitar.

Treinta minutos largos permaneció el agente del FBI en el interior de la sala de baño. Canturreando el popular tema de amor de la película *The Godfather*. Concluido su aseo personal abandonó la estancia.

Stella seguía sin aparecer por la habitación.

Tampoco se hallaba en el salón.

Por el abierto ventanal llegaba ahora la fabulosa voz de Elton John en su viejo *long play Honky Chateau*.

Danny Sullivan salió a la terraza.

Ayer, en plena noche, no pudo admirar el paisaje ni la situación del apartamento. Ahora, bañado todo por los dorados rayos de sol, contempló el emplazamiento. El oleaje de la playa era desde allí perfectamente audible. Las palmeras se mecían impulsadas por la suave brisa tropical. La fina arena parecía robar destellos al sol. Los apartamentos se alzaban formando amplio semicírculo. Muchos de ellos, dado lo fuera de temporada turística, con el cartel de «disponible».

Reinaba una placentera calma.

Como un paraíso.

Y allí estaba una de sus diosas.

Stella.

—¡Hola, Danny! ¿Has descansado bien?

No contestó.

El frío agente del FBI, el duro e impasible Sullivan, el rostro del hombre acostumbrado a todo... no podía ocultar su admiración. Sus grises ojos parecían devorar a Stella.

La muchacha, sobre una tumbona, disfrutaba de los prematuros rayos solares.

Sí.

Era como una diosa escapada del Olimpo.

—Estás perdiendo el tiempo en la CIA, Stella —murmuró Sullivan con ronca voz—. ¿Por qué no te presentas a *Miss* Universo?

La joven sonrió, divertida.

—Eres muy galante.

—Simplemente sincero. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Fue en Langley. En Virginia. Yo estaba de visita oficial en la sede de la Central Intelligence Agency. Allí te vi por primera vez. Allí me enamoré de ti.

La sonrisa de Stella dejó paso a una cantarina carcajada.

—Para haber dormido en el sofá, te has levantado de muy buen humor. ¿Tratas de engatusarme?

—¿Engatusarte? ¿Acaso son nuevas mis palabras? En Nueva York me declaré. ¿Lo has olvidado?

—Oh, no. Tampoco olvido que estabas completamente borracho. ¿Qué celebrábamos? ¡Ah, ya recuerdo! Tu traslado disciplinario número tres.

—No se llevó a efecto.

—Por supuesto. Delbert Sheffield no podía perder a su mejor agente. Eres su niño mimado.

—Estoy enamorado de ti, Stella.

Danny Sullivan se había inclinado, besando el desnudo hombro de la muchacha. Ésta se incorporó.

—No picaré por segunda vez el anzuelo, Danny.

—¿Qué quieres decir? No comprendo...

Los gordezuelos labios de Stella dibujaron un mohín.

—Te conozco bien. Eres peligroso, Danny. Muy peligroso. Tienes la virtud de aturdirme, pero no caeré en tus redes... hasta finalizada la misión. Es la CIA quien maneja los hilos, querido. La que ha colaborado para que Córdoba suba al poder.

—Sigues con miedo, ¿eh? No estoy en Miami Beach en misión oficial, Stella. Mi SAC me envió de vacaciones.

—No lo dudo. También conozco los métodos del FBI. Si todo sale mal, el Federal Bureau of Investigation estaba al margen del asunto. Si la operación resulta un éxito, es el agente Danny Sullivan el artífice de la victoria. Ésa es vuestra política.

Sullivan se encogió de hombros.

—Eres muy desconfiada, nena. Te doy mi palabra de honor que...

—¿Palabra de qué?

—Olvídalo.

La voz de Elton John dejó de girar desconectándose automáticamente el tocadiscos.

El agente del FBI aprovechó para atrapar el teléfono situado sobre la mesa. Marcó un número ante la curiosa mirada de Stella.

Esperó unos segundos con el auricular en la diestra.

—¿Teniente Wilcoxon?

—¿Quién le llama? —interrogó una monótona voz.

—Sullivan. Danny Sullivan.

—Un momento...

El agente empleó la breve pausa en apoderarse de un cigarrillo. Stella le ofreció la llama de un fósforo.

Sullivan tragó saliva con dificultad.

Estuvo tentado de colgar el aparato y abalanzarse sobre la muchacha, pero en ese momento llegó a través del teléfono la voz de Mark Wilcoxon:

—¿Sullivan? ¡Maldita sea su estampa! ¿Dónde infiernos está? ¡Quiero verle de inmediato! ¿Me oye? ¡Quiero y le ordeno que se presente en mi despacho al momento!

—¿Qué le ocurre, teniente? ¿Ha empeorado su úlcera?

—Le advertí que no metiera las narices en el asunto. Pienso elevar una enérgica protesta a sus superiores.

—Yo no...

—Me dieron su descripción en el club Sirocco. Un fulano apareció muerto en la playa. Con un balazo del treinta y ocho entre los ojos. Apuesto a que coincide con su revólver.

—Cientos de agentes utilizamos el

«Smith & Wesson»,

teniente. Reglamentario revólver del 38. No se moleste en averiguar

desde dónde le llamo. Estoy en una cabina pública —mintió Sullivan con aplomo—. No quiero que me fastidie las vacaciones.

—¿Vacaciones? ¡Y un cuerno! —Wilcoxon añadió otra fea palabrota—. Un taxista también proporcionó su descripción, Sullivan. Le llevó hasta Torts Boulevard. Y en el 740 se descubrió el cadáver de una mujer. Janet Mann. Una mujer que mantuvo conversación con usted en el Sirocco.

—De acuerdo, teniente. Todo tiene una explicación.

—¡Escúpala!

—Lo haré en su despacho, teniente. No es mi intención arrebatarle el caso. Lo que yo le diga le resultará de mucha ayuda. Le espera un buen ascenso.

—No me tome el pelo, Sullivan. Son ya muchos los muertos para tan corto espacio de tiempo.

—Tranquilo. Acudiré a su despacho dentro de unas horas. De seguro ya tiene el caso controlado, ¿no es cierto? Así se explica que llegara la policía al *bungalow* de Janet Mann.

Mark Wilcoxon picó el anzuelo, tan hábilmente tendido por el agente del FBI.

—Se recibió una llamada anónima. Un individuo nos aseguró que se había cometido un crimen en el 740 de Torts Boulevard.

—¿Ya ha cazado a Gene Hunter?

La risa del teniente llegó en carcajada carente de alegría.

—¡Seguro! El tal Gene Hunter es un pobre diablo. Un palurdo destripaterrones. Contrajo matrimonio en Saint Petersburg, y decidió pasar la luna de miel en Miami Beach. Se encontraba con su mujer en el Sirocco cuando un individuo, haciéndose pasar por propietario del local, le dijo que había sido el cliente afortunado con una fiesta en el lujoso Little Garden Hotel. A gastos pagados. Hombres y mujeres, desconocidos para los Hunter, se unieron para celebrarlo.

—Y entre esos invitados iba el asesino.

—Apostaría la paga de un año. Así se pudo penetrar en la planta nupcial del Little Garden, y acercarse a la *suite* de Heywood. Un plan estúpido.

—Estúpido y sencillo. Sin riesgo. Los invitados deambularon por el Little Garden con plena libertad.

—Sí, maldita sea... Tengo a Gene Hunter y a su mujer recluidos en

una de las celdas del Departamento. El muy imbécil cree estar en otro hotel a gastos pagados. He escarbado en su vida hasta conocer la comadrona que le asistió. Nada sospechoso. El tal Hunter fue simplemente un conejillo de indias.

—¿Algo importante en la muerte de Janet?

—Aún no tengo los resultados oficiales de la autopsia, pero es evidente que fue mutilada por su sádico asesino. Estas monstruosas muertes me desconciertan, Sullivan. Son propias de un demente. De un maníaco sexual... No comprendo nada, pero le espero para que responda a alguna de mis preguntas. Sin demora. ¿De acuerdo?

—No faltaré a la cita, teniente.

Danny Sullivan colgó el aparato.

Quedó en silencio.

Dando largas chupadas al cigarrillo emboquillado.

—¿Piensas entrevistarte con Wilcoxon? —inquirió Stella.

—No. Simplemente le llamé para que me informara de algunos datos. La policía acudió a Torts Boulevard tras haber recibido una llamada anónima. El aviso fue dado, sin duda, por el mismo asesino.

—Es extraño...

—Tiene una lógica explicación. Los tres individuos que intentaron liquidarme en la playa del Sirocco fracasaron. Janet se había delatado al enviarlos contra mí. Sabían que yo volvería a entrevistarme con ella para apretarle las clavijas, y decidieron eliminarla. El encontrarme la policía junto al cadáver me proporcionaría dificultades.

—¿Dificultades?

—Ignoran que soy un agente del FBI.

—Esto se complica cada vez más, Danny. No sabemos nada... y sin embargo, ellos actúan sin piedad. Dispuestos a todo. Cortando cualquier posible información con la muerte.

—Cierto. Las víctimas ya se elevan a tres.

—¿Te sorprende? Llegarían a cien con tal de eliminar al presidente Córdoba. Son importantes los intereses creados, Danny. Países vecinos del presidente Córdoba no desean las relaciones de éste con Estados Unidos, potencias extranjeras furiosas de llevarse a cabo la ayuda militar proyectada... e incluso los competidores de la Simmons Oil actuarían sin piedad.

—¿Qué quieres decir?

—La Simmons Oil ha perdido un noventa por ciento desde que fue nacionalizada. Allí estaba su central. Todas las sucursales americanas dependían de ella. Actualmente no tienen poder y con ello destacan las demás industrias competidoras. Si Simmons consigue que el presidente Córdoba le devuelva la Simmons Oil, hundiría a muchos rivales.

Sullivan arrojó el cigarrillo con irritado gesto.

—Sí... nos encontramos ante un feo asunto. ¿Qué diablos descubriría Heywood? ¿Qué quería comunicar a Sheffield?

—De conocer esas respuestas, el caso quedaría solucionado.

—Ralph Heywood lo descubrió en el restaurante francés. Durante la cena con Clinton Simmons y con el embajador Romans.

—Opino igual.

—Bien, nena. Creo que la respuesta está en ese embajador. ¿Por qué no me lo presentas? Me gustaría intercambiar unas palabras con él.

—Dudo que nos reciba.

—¿Por qué?

—Estará muy ocupado ultimando los preparativos para la recepción. El presidente Córdoba llega mañana. ¿Lo habías olvidado?

—Mañana...

—Sí, Danny. Tenemos poco tiempo para descubrir el supuesto atentado. Muy poco tiempo...

CAPÍTULO VIII

El «Ford Mustang» estaba estacionado a dos bocacalles de distancia del Little Garden Hotel. Danny Sullivan, acomodado en el asiento delantero, mantenía la mirada fija en el espejo retrovisor.

Desde allí contempló el avance de Stella.

Su gracioso andar.

Su innato movimiento de caderas...

La muchacha lucía un vestido camisero en algodón a cuadros. Un modelito que contribuía a resaltar su figura. Stella, aun dentro de un saco de patatas, causaba sensación.

Se introdujo en el «Mustang».

—¿Y bien?

—Estabas en lo cierto, Danny. Hay varios policías por la recepción del Little Garden. El teniente Wilcoxon espera que aparezcas por allí a recoger tu equipaje. También él duda de tu palabra.

—¿Y Romans?

—No está. He hablado con uno de sus ayudantes. El embajador ha sido invitado a almorzar en casa de Clinton Simmons.

—Perfecto. Nos presentaremos allí.

—¿No resultará incorrecto? Simmons y Romans son personas importantes. No podemos...

—También es importante la vida de Francisco Daniel Córdoba.

—¿Tenemos alguna prueba concreta de que sufrirá un atentado? Nuestras sospechas se centran únicamente en la invitación encontrada en poder de Charles Robinson.

—He telefoneado a Sheffield. Dentro de poco conoceremos a fondo la vida y antecedentes de Robinson.

—Merced a los maravillosos archivos del Federal Bureau of Investigation.

—¿Celosa de nuestro poder? ¿De nuestra superioridad sobre la CIA?

—¡Vete al...!

Sullivan había taponado con sus labios la boca de la muchacha. Fue el agente el primero en separarse. Temeroso de una violenta reacción en Stella.

—No vuelvas a besarme, Danny. Si lo vuelves a hacer... avísame.

Los dos rieron alegremente.

Stella, frente al volante, puso en marcha el vehículo.

—Creo que estamos desorbitando las cosas, Danny. El presidente Córdoba estará fuertemente protegido. Su propia escolta personal, policías uniformados, agentes del Gobierno... Las autoridades de Miami no quieren correr riesgos. Será muy difícil aproximarse al presidente.

—Se puede soltar un balazo a distancia.

—Siempre tan optimista. Bien. ¿Qué hacemos? ¿Almorzar por nuestra cuenta o nos invitamos a casa de Simmons?

Danny Sullivan consultó, en superficial mirada, la esfera del reloj.

—Dudo que nos inviten, pero nos presentaremos.

—¿Ahora?

—Sí. Tenemos que llegar antes que el embajador Romans. Así mi encuentro con él no resultará sospechoso.

—¿Quién digo que eres? ¿Santa Claus, de vacaciones en Miami?

—Diles la verdad. Quiero que Romans sepa que el FBI también entra en el juego.

—¡Se pondrá a temblar! —exclamó Stella con marcada ironía.

—Bella, inteligente, con sentido del humor... —Sullivan posó distraídamente su mano izquierda sobre la rodilla de la joven—.

¿Quieres casarte conmigo?

—Tu sueldo es muy bajo.

—Nos podemos arreglar con el tuyo, Stella. ¿Cuánto te paga la CIA?

—Sesenta mil dólares anuales.

Danny Sullivan no tomó como burla la cantidad. Tal vez fuera algo exagerada, pero simples chupatintas de Langley [3] percibían entre los cinco y los treinta mil dólares anuales.

—Suficientes. Añadidos a mi miserable sueldo, podemos llevar una vida plácida y feliz —la mano izquierda de Sullivan ascendió abandonando la rodilla femenina—. ¿Qué opinas, nena?

Stella, por toda respuesta, atrapó el encendedor automático acoplado al salpicadero del «Mustang». Lo aplicó a la mano izquierda de Sullivan. Éste la retiró sin evitar un grito de dolor.

—Eres muy arisca, Stella. Un día de éstos te domaré hasta convertirme en sumisa gatita.

—No lo intentes.

El agente sonrió.

—¿Estás recordando nuestra pelea en el *bungalow*? Esquivé tus dos golpes con facilidad. Te tenía a mi merced. El descubrir que eras una mujer me...

—¿Quieres hacerme creer que eso te detuvo? —Stella había enrojecido levemente—. No, Danny. Sheffield te aprecia y admira. Tiene en ti al perfecto agente. Frío, astuto... y carente de escrúpulos. Triste fama la tuya, Danny.

—En otra persona esas palabras me dejarían indiferente, Stella; pero precisamente llegando de ti me duelen. Eres injusta. Tú sabes que debemos actuar sin piedad. Nos obligan a ello. Luchamos contra fieras. Los dos tenemos un feo oficio, pequeña...

Stella quedó en silencio.

Sin formular ningún comentario.

De sus verdes ojos desapareció el sempiterno brillo. Por espacio de largos minutos pareció dedicar toda su atención al tránsito de la Pennsylvania Avenue. El «Mustang» rodó por diversas calles bordeando el City Hall.

—Yo terminaré pronto, Danny.

Aquella respuesta, tras la larga pausa, hizo arquear las cejas de Sullivan.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que abandone la CIA este mismo año. Estoy cansada. Entré accidentalmente en la Organización. Sustituyendo a mi hermano asesinado en Sudamérica. Yo... no sé... estoy cansada de todo esto.

—Cuando decidas retirarte me avisas, Stella. Volveré a formularte mi petición de matrimonio.

—¿Vivir únicamente de tu... miserable sueldo?

La sonrisa de Stella hizo reír también al agente del FBI.

—Haré horas extraordinarias, Stella. Por ti sería capaz de todo.

El «Mustang» había enfilado por Haydn Road.

Amplia avenida, perteneciente a la zona residencial más elegante de Miami Beach. Allí se alzaban los más lujosos *bungalows* habitados por los poderosos magnates norteamericanos. La playa circundaba Haydn Road. También contaba con aristocrático club de golf privado.

Sólo el sol tropical, que afortunadamente salía para todos, no era exclusiva de los VIP de Haydn Road.

Stella circulaba a reducida velocidad.

Deseaba que Danny Sullivan contemplara todo aquello.

Algunos de los *bungalows* parecían pequeñas fortalezas. Protegidas por altas murallas o rejas electrificadas. Otros, sin embargo, deseaban hacer ostentación de sus riquezas encerradas. Un tipo apoplético jugaba al tenis con una joven de curvilíneas formas y bronceado cuerpo mostrado por el apenas existente bikini. El fulano babeaba.

—¿Sabes quién es?

—¿El individuo mantecoso? —inquirió Sullivan con indiferencia—. Me resulta familiar.

—Ben Doohan. El «rey del acero». La chica es una de sus secretarias.

—¿También le acompaña en vacaciones?

Stella rió el sarcasmo del agente.

—Tienes envidia, ¿eh? Procura dominarla. Clinton Simmons es poderoso... y también disfruta de la compañía de su secretaria particular. Muy bonita por cierto.

Sullivan interrumpió la pregunta que iba a brotar de sus labios.

El «Mustang» había girado, abandonando Haydn Road para introducirse en uno de los amurallados *bungalows*. Un asfaltado sendero trazaba perfecto semicírculo para aproximarse a la vivienda.

Stella detuvo el coche paralelamente al *bungalow*. En un espacio dedicado a *parking*.

Antes de que descendieran del «Mustang», se les acercó un individuo de pobladas patillas que acentuaban su alargado rostro. Interrogándoles con la mirada.

—Buenos días... —saludó Stella con su encantadora sonrisa—. Deseamos ver al señor Simmons.

—¿Les ha citado?

—No...

—Dudo que pueda recibirles —dijo el individuo con cordial seriedad—. Espera una importante visita.

—No obstante, le ruego anuncie nuestra llegada. Dígale que Stella Tingwell desea hablarle. Cuestión de tinos minutos.

El individuo dirigió una significativa mirada a Sullivan. Esperando que éste indicara su nombre, pero el agente del FBI permaneció en

silencio.

El hombre giró para introducirse en la casa.

Stella y Sullivan abandonaron el vehículo.

La muchacha extrajo de su bolso de mano una cajetilla de «Thins». Sullivan rechazó el cigarrillo mentolado. Sus grises ojos estaban fijos en la parte lateral del *bungalow*. Junto a la ovalada piscina, a poca distancia de la mesa-jardín, una mujer tomaba el sol.

—¿Adónde vas, Danny?

El agente ignoró la pregunta de Stella.

Avanzó con indolente paso hacia la piscina.

Contempló más detenidamente a la mujer.

Tenía el pelo recogido bajo un gorro de baño. De bruces sobre una colchoneta playera. Parecía dormir. El sol doraba aún más el intenso bronceado de su cuerpo. Lucía un bikini de fibra.

Unas voces procedentes de la parte posterior del *bungalow* desviaron la atención de Sullivan.

Dejó el maravilloso espectáculo, proporcionado por la mujer, para encaminarse hacia el garaje contiguo al *bungalow*.

De allí procedían las voces.

Dos individuos estaban inclinados sobre el motor de un «Ford», mientras un tercero manipulaba en el guardabarros trasero. No era el único coche. Dentro del amplio garaje había también un lujoso «Eldorado» de la Cadillac, un «Lincoln Continental» y el último modelo de la Chrysler lanzado al mercado.

Danny Sullivan quedó unos minutos junto a la puerta del garaje.

Uno de los individuos, el que enderezaba el guardabarros del «Ford», se percató de su presencia. Hizo ademán de dirigirse a Sullivan, pero éste giró encaminando de nuevo sus pasos hacia el porche del *bungalow*.

Stella ya le esperaba junto, a los escalones.

Visiblemente furiosa.

—¿De dónde sales? El señor Simmons ya nos está esperando y...

—Cuando te enfadas eres aún más bonita, Stella.

La muchacha inspiró profundamente, optando por callar.

Junto a la puerta de entrada un uniformado mayordomo inclinó levemente la cabeza.

—Síganme, por favor...

Atravesaron el amplio *living*.

La decoración era extraordinariamente lujosa. Sin duda se hallaban en uno de los mejores *bungalows* de Haydn Road. Fueron conducidos a un severo despacho.

Clinton Simmons ya les esperaba en el interior. Tras la mesa escritorio. La abandonó para besar la mano de Stella.

—Lamento importunarle una vez más, señor Simmons.

—Su visita jamás es inoportuna, Stella.

—Hoy vengo acompañada. Le presento a Danny Sullivan, del Federal Bureau of Investigation.

Clinton Simmons era un individuo de unos cuarenta años. De negro pelo, frente despejada, pobladas cejas, que semicubrían sus hundidos ojos, nariz ancha y labios de trazo casi inexistente. Vestía un elegante traje, apropiado para los rigores del verano.

Simmons contempló fijamente al agente.

—¿El FBI? Ah, comprendo... Apruebo tales medidas de seguridad, señor Sullivan. Ya me informaron de que el presidente Córdoba, aun contando con su escolta personal, estaría protegido por el FBI, la policía de Miami y...

—No formo parte de esa vigilancia, señor Simmons —interrumpió Sullivan—. Mi presencia en Miami es para descubrir un complot contra el presidente Córdoba.

Una tenue palidez recubrió las facciones del magnate.

—¿Un complot?

—Quieren asesinar al presidente.

Stella evitó que la sonrisa asomara a sus labios. Sullivan desorbitaba las cosas, afirmando un atentado que aún estaba por demostrar.

—¿Quién dirige ese complot?

—Lo ignoramos, Simmons. Sólo sé que existe. Por supuesto que hay muchas personas, e incluso países, que no aprueban una colaboración económico-militar entre Estados Unidos y el presidente Córdoba.

—Sí... Conozco a algunas de esas personas.

—¿Qué quiere decir? —interrogó Sullivan, entornando los ojos.

—Si la Simmons Oil, actualmente bajo el control del presidente Córdoba, vuelve a mis manos podré hacer frente a mis competidores e incluso vencerles. Ahora estoy dominado. Cuando Córdoba subió al poder renació en mí la esperanza. Prometió devolver a sus legítimos propietarios todas las industrias anteriormente

nacionalizadas. La Simmons Oil es la más importante de ellas. De allí parte toda la producción. Mis sucursales de Nueva York, Columbus, Little Rock y Austin me producen pérdidas. Si la central de Sudamérica no me es devuelta, terminaré por ceder a mis competidores. Ésos son mis enemigos.

—¿Insinúa que alguno de ellos...?

Clinton Simmons mesó en nervioso ademán sus cabellos. En su rostro se reflejó una mueca de desesperación.

—¿Por qué no? Son millones de dólares los que están en juego. Con la muerte de Francisco Daniel Córdoba todo fracasaría. Sería mi ruina total.

—No sólo la suya —comentó Stella—. Nuestro Gobierno desea fuertes lazos de unión con el presidente Córdoba. Si él muere violentamente en Florida, su país nos daría la espalda, las industrias norteamericanas continuarían nacionalizadas... y otra potencia extranjera les ofrecería ayuda. No, señor Simmons. Tampoco a nosotros nos interesa la muerte de Córdoba. Tenga por seguro que nada le ocurrirá.

—Pero ese complot...

—Lo aplastaremos —sentenció Sullivan; con una seguridad que levantó los ánimos del abatido magnate.

—Sí..., confío en ello. Jamás persona alguna habrá estado tan protegida. Mañana es el gran día. Lo he esperado durante mucho tiempo.

—La recepción tendrá lugar en el City Palace. Será muy... íntima.

—Lo sé. Sólo acudiré con uno de mis mejores asesores técnicos. El que dirige la sucursal de Austin. El presidente Córdoba me ha concedido el honor de una entrevista personal, y no quiero aturdirle con la innecesaria presencia de otros colaboradores míos.

Sonaron unos discretos golpes a la puerta del despacho.

Clinton Simmons dio la oportuna autorización.

El mayordomo quedó bajo el umbral para anunciar con inexpresiva voz:

—El embajador Romans acaba de llegar, señor.

Simmons dudó unos segundos.

—Me agradecería conocer y saludar al embajador —dijo Sullivan, con una indiferencia que parecía real.

—Dígale al señor embajador que pase. ¿Dónde está la señorita

Brown?

—Sigue en el jardín, señor.

—Adviértale de la llegada de los visitantes. Comuníqueme también al servicio la presencia de dos invitados más para el almuerzo.

—Muy bien, señor —respondió el mayordomo, retirándose con la altivez de un lord inglés.

A los pocos minutos hizo su aparición Carlos Romans.

Fue el propietario de la Simmons Oil quien hizo la presentación a Sullivan. Éste y Romans se estrecharon la mano, a la vez que se estudiaban mutuamente. Sin disimulo.

Carlos Romans era relativamente joven para ocupar el cargo de embajador de su país, aunque dadas las circunstancias también resultaba lógico. Algunos países cambian con frecuencia de presidente y *Gobierno. El nuevo presidente otorga importantes cargos a sus fieles colaboradores sin importarle la edad o experiencia.*

Romans frisaba en los treinta y cinco años de edad. Rostro atractivo e intensa mirada en sus negros ojos. No podía ocultar la sangre latina que corría por sus venas. Romans hablaba en perfecto inglés. También dominaba el francés, italiano, alemán y ruso.

Un tipo en verdad inteligente.

Lo demostraba el hecho de permanecer allí, a la espera de ser recibido por su nuevo presidente, tras el golpe de estado de su país.

—En estas últimas semanas he conocido a muchos agentes del FBI —sonrió Romans—. También de la CIA, aunque estos últimos no tan encantadores como usted, Stella. Una pena. El que me controla por las noches es un individuo con aspecto de boxeador sonado.

La muchacha también sonrió con femenina coquetería.

—No le controlan, Romans. Simplemente protegen su vida.

—Por favor... No me considere tan estúpido. Sé que desconfían de mí.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —preguntó Sullivan.

—Es lógico. Yo fui nombrado embajador por el derrotado Gobierno. La subida al poder de Córdoba lleva implícita mi destitución.

—¿Ya ha recibido esa orden?

—Mañana, en mi entrevista con Córdoba, quedará de seguro decretada.

—¿No es partidario del nuevo presidente?

Carlos Romans entornó los ojos. Sus facciones se mostraron inexpresivas. Demoró unos segundos la respuesta:

—Yo sólo soy fiel a mi país, Sullivan. Si Córdoba decide mantenerme como embajador en Washington, lo pensaré. Quiero conocer los propósitos de Córdoba. No me gustaría servir a una colonia de Estados Unidos.

Se produjo un tenso silencio.

Simmons enrojecía Iba a hablar, pero el agente del FBI se le anticipó:

—No queremos entrometernos en los asuntos internos de su país, Romans. Sólo les ofrecemos ayuda.

—¿De veras?

—¿Tampoco es partidario de la devolución de las industrias nacionalizadas a sus legítimos propietarios?

—Todo lo que se encuentra en mi país pertenece a sus habitantes.

—Romans desvió la mirada hacia el propietario de la Simmons Oil

—. Lamento que mis palabras no sean de su agrado, Simmons. Es mi modo de pensar y lo haré llegar al presidente Córdoba.

—Él está dispuesto a devolver todas las empresas nacionalizadas.

—En ese caso yo no seguiré como embajador.

Un nuevo silencio.

Aún más tenso que el anterior.

Clinton Simmons se esforzaba en dominar el efecto que le habían producido las palabras del embajador. La tensión fue rota por la llegada de una mujer.

Por la presencia de Judith Brown, secretaria particular de Simmons.

Una mujer capaz de fundir el hielo de Groenlandia.

CAPÍTULO IX

El almuerzo no transcurrió en agradable clima de cordialidad. Flotaban aún las palabras de Romans. Se abandonó la mesa para pasar al salón, donde fue servido el café y licor.

Simmons ofreció aromáticos cigarros.

Judith Brown era también una perfecta anfitriona. Su presencia, unida a la de Stella, levantaba los ánimos más pesimistas.

Judith tenía veinticuatro años de edad. Su rostro poseía una sensual belleza. El pelo muy negro. Los ojos también negros como el azabache. Pómulos salientes. Nariz correcta y labios seductoramente carnosos. Lucía una camisa de organza, minishort en crepé de seda roja y maxifalda sobrepuesta de igual tela. Sujeta a la cintura por un solo botón.

El agente del FBI se percató de que Romans devoraba con la mirada a la linda secretaria. No le sorprendió, ya que él hacía otro tanto. Stella, pese a encontrarse algo marginada, sonreía con indiferencia.

—¿Se hospeda en el Little Garden, Romans? —inquirió Sullivan, con voz carente de inflexión.

—Sí.

—Un hotel poco tranquilo.

El embajador, en un gesto muy peculiar y repetido, entornó los ojos. La pregunta del agente pareció afectarle; sin embargo, forzó una sonrisa.

—Cierto. Conocí a los Heywood la misma noche del asesinato.

—Fue algo horrible —murmuró Judith—. Cenaron con nosotros, y horas más tarde...

Clinton Simmons intervino en la conversación:

—La policía no parece haber adelantado gran cosa. Sigo con interés todo lo relacionado con el caso. Contraté a Ralph Heywood hace algún tiempo. Era un magnífico detective. Descubrió al ladrón de la nómina en mi sucursal de Nueva York. Es triste morir cuando se inicia una nueva vida. Heywood y Audrey, en plena luna de miel...

—No fue una dulce muerte.

—Tiene razón, Sullivan. Verdaderamente monstruosa. Pobre

Heywood... Su arriesgada profesión le granjeó muchos enemigos. Era un detective incorruptible. Uno de esos enemigos ejecutó bien su venganza. No se conformó con eliminar a Heywood. Su odio también alcanzó a la inocente Audrey.

—Sufre un ligero error, señor Simmons —comentó Sullivan con la mirada fija en la nívea ceniza del cigarro. Sin mirar a ninguno de los presentes—. Cierto que Heywood tenía muchos enemigos. Descubrió sucios negocios y envió a la cárcel a numerosos individuos. Era un buen detective. Demasiado bueno tal vez. A las pocas horas de estar en Miami ya había descubierto un complot contra el presidente Córdoba.

La copa de *brandy* sostenida por Carlos Romans cayó al suelo. Diminutos cristales quedaron sobre la moqueta a la vez que el líquido se extendía en semicírculo.

El embajador enrojeció visiblemente.

—Perdonen...

Los grises ojos de Sullivan sí se posaron ahora en el rostro del embajador.

Inquisitivos y burlones.

—Yo... ruego me disculpen —balbuceó Romans—. Ignoraba ese complot contra Córdoba. Me ha sorprendido. El señor Heywood cenó con nosotros y nada mencionó.

—Ralph Heywood era un hombre muy reservado —la ironía de Sullivan era demasiado notoria. Puede que ofensiva para los allí presentes—. Prefirió comunicar todo al FBI de Nueva York. Al inspector Sheffield.

—¿Por qué a él? —preguntó Simmons—. Pudo hacerlo al Federal Bureau of Investigation de aquí, a la Metropolitan Police o...

—Con Heywood nos unía una gran amistad. Su descubrimiento era muy importante. Se iba a atentar contra la vida del presidente Córdoba. Nos proporcionó valiosos datos.

—¿Ya han aplastado el complot?

La pregunta formulada por Romans hizo de nuevo sonreír al agente.

—No. Heywood, como ya le he dicho, era muy reservado. Tras comunicar algunos importantes detalles, quedó en volver a telefonar para revelarnos el nombre del cerebro organizador del complot, pero la muerte le llegó antes.

Clinton Simmons se adelantó unos pasos contemplando, con

preocupado rostro, al agente del FBI.

—¿Quiere decir que el complot contra el presidente sigue latente?
¿Que mañana se atentará contra su vida?

—No debe inquietarse, Simmons. Con los datos proporcionados por Heywood, tenemos controlada la situación. No es necesario conocer el nombre del jefe. Todos caerán. No llegará a producirse el atentado. Tiene mi palabra.

—Arriesgada afirmación —comentó Romans, con leve y nerviosa risa—. Muy arriesgada. Los antecedentes de su nación son malos, Sullivan. Asesinatos políticos, atentados, actos terroristas, sabotajes... Todo a plena luz del día. Todo bajo control de los agentes del Gobierno.

—Hoy impera la violencia. En todas partes.

—Lo sé. El pez grande se come al chico. Mi país es pequeño. Insignificante. Hace pocos años ignorado por todos. Ahora grandes potencias se disputan el hincarle el diente.

—No son correctas sus palabras —protestó Simmons.

—Las mantengo. El presidente Córdoba ha subido al poder ayudado por la CIA. ¿Bajo qué condiciones? De seguro humillantes. Ayuda económica y militar a cambio de sumisión.

—¡Señor Romans!

El embajador aplastó el cigarro en uno de los ceniceros. Contempló fijamente a Simmons.

—Gracias por su invitación. Mañana, en mi entrevista con Córdoba, haré todo lo posible para que ninguna de las industrias nacionalizadas en mi país sean devueltas a sus propietarios. Nada personal tengo contra usted, señor Simmons. Es mi punto de vista y lo mantendré..., aunque de nada me sirva. Buenas tardes.

Romans abandonó el salón a grandes zancadas. Ignorando deliberadamente el ademán de Judith por acompañarle hasta la puerta.

En la estancia se hizo de nuevo el silencio.

La tensa situación no parecía afectar a Sullivan. Tampoco a Stella. La muchacha permanecía acomodada en uno de los sillones de cuero. Con las piernas cruzadas y *en sus gordezuelos labios una imperceptible sonrisa.*

Actitud muy distinta a la de Clinton Simmons.

El propietario de la Simmons Oil comenzó a pasear nerviosamente.

Mordisqueando el cigarro hasta hacerlo trizas.

—Si el presidente Córdoba se deja convencer será mi ruina. Acabarán conmigo.

—Romans sólo tendrá palabras para el presidente —dijo Stella—. Nuestro Gobierno le ofrecerá realidades. Antes de aceptar la ayuda de la CIA, Córdoba dio consentimiento a muchas cosas. Una de ellas la devolución de las industrias nacionalizadas.

—Cuando no se tiene nada es fácil prometer, señorita Tingwell. Pero ahora Córdoba es el presidente. Tendrá muchas ofertas. Puede que mejores que las nuestras. Otra potencia extranjera... ¡Oh, Dios!... Si la Simmons Oil no vuelve a mi control estoy hundido.

Judith se aproximó aferrando con sus manos el brazo derecho de Simmons.

—Tranquilízate...

—Sí... Deben perdonarme... Estoy muy nervioso y...

Stella se incorporó del sillón, intercambiando una mirada con Sullivan.

—Nos retiramos, señor Simmons. Ha sido muy gentil al invitarnos. Mañana terminarán sus preocupaciones. Todo saldrá bien.

Stella y Sullivan abandonaron el *bungalow* acompañados de Judith Brown. Se detuvieron bajo el porche.

—Adiós, Judith —sonrió Sullivan—. Ha sido un placer conocerla, aunque Heywood ya me había hablado muy bien de usted.

—¿Heywood?

—Sí. Cuando solucionó el caso de la nómina. Entabló gran amistad con usted, ¿no es cierto?

Judith denegó con una sonrisa.

—En aquel entonces no trabajaba yo para la Simmons Oil. Llevo con el señor Simmons muy poco tiempo.

—Oh..., perdone. Ralph Heywood me habló de la secretaria particular, y creí que...

—No tiene importancia. Adiós, señor Sullivan.

El agente del FBI respondió al saludo acudiendo junto al «Mustang». Stella ya estaba frente al volante. Segundos más tarde, el vehículo abandonaba la residencia de Clinton Simmons.

Sullivan inspiró profundamente.

—Bien... Ha sido una visita muy productiva.

—¿De veras?

—Seguro, Stella. El caso ya está solucionado.

* * *

La risa de Stella se dejó oír por espacio de largos segundos. Una cantarina y burlona carcajada.

—Eres, en verdad, algo único, Danny. Muy divertido... y ridículo.

—¿No te gusta mi teoría?

—¡Es absurda! —exclamó Stella, borrando la sonrisa de sus labios—. Incluso creo que te estás burlando de mí. Que Judith no sea la antigua secretaria de Simmons nada significa. Los hombres cómo Simmons cambian con frecuencia.

—No, de una secretaria particular. Heywood me habló de eso. Dijo que la secretaria de Simmons era tan fea como eficaz. Un esperpento. Y que Simmons la apreciaba. ¿Por qué diablos la sustituyó?

—Eso es asunto de Simmons. ¿O también sospechas de él?

—No. De seguro que esta noche Simmons eleva sus oraciones por la vida del presidente Córdoba. Le interesa recuperar la Simmons Oil. Es su secretaria la que me preocupa.

—Ni tan siquiera asistirá a la recepción. Tus sospechas son ridículas. Al igual que pregonar esa falsa historia de Heywood. ¿Qué has conseguido con decir que Ralph os comunicó todo?

—Que Romans dejara caer su copa.

—No le has asustado. Si Romans es culpable, sabe que mientes. Que Heywood no dijo nada porque le liquidaron antes.

—No, pequeña. Han picado el anzuelo. Les he metido el miedo en el cuerpo. ¿No te sorprendió la reacción de Romans? Su manifiesta hostilidad a los planes de Córdoba, a la devolución de las empresas nacionalizadas... Su irritación estaba fuera de lugar. Lo hizo deliberadamente.

—¿Con qué fin?

—Abandonar cuanto antes la casa de Simmons y planear nuestra muerte.

Stella volvió a reír.

—Eres un tipo gracioso, Danny.

Sullivan se reclinó en el asiento, dedicándose a contemplar los esbeltos muslos de la joven descubiertos por la corta falda.

—Celebro que lo encuentres divertido, nena. Echa un vistazo al espejo retrovisor. Ese «Pontiac» nos sigue desde hace unos minutos. Los verdes ojos de Stella se posaron en el espejo.

Efectivamente, un negro «Pontiac» circulaba tras ellos.

—No resulta sospechoso. Puede que siga nuestro mismo...

Stella se interrumpió mortalmente pálida.

De una de las ventanillas del «Pontiac» asomó el negro cañón de una ametralladora.

—¡Nos van a disparar, Danny!

La exclamación de Stella coincidió con la ráfaga de metralla. Una lluvia de plomo se abatió sobre el «Mustang».

CAPÍTULO X

El agente del FBI se precipitó sobre Stella, protegiéndola con su cuerpo. Su mano derecha aferró el volante.

Un siniestro crepitar de balas resonó sobre sus cabezas. La capota del «Mustang» pareció saltar en pedazos. El coche comenzó a trazar un desesperado zigzag, aunque sin poder evitar el mortífero plomo. Sullivan se había apoderado de su revólver.

—¡Cuando salte procura enderezar el coche, Stella!

—¡No salgas, Danny!

La súplica de la muchacha no fue escuchada.

Danny Sullivan se precipitó hacia la puerta, arrojándose del vehículo. Sin importarle la velocidad. Cayó sobre el asfalto dando varias vueltas sobre sí mismo. El «Pontiac» enfiló hacia él.

El agente sonrió.

Aquello era, precisamente, lo que deseaba.

El cañón de la ametralladora también dejó de escupir plomo sobre el «Mustang». Ahora buscaba a Sullivan.

El agente del FBI, agazapado junto a la cuneta de Haydn Road, apretó el gatillo del

«Smith & Wesson».

Dos secas detonaciones.

Los dos proyectiles perforaron el cristal delantero del «Pontiac». Un espeluznante alarido de dolor se entremezcló con el estridente chirriar de frenos. El coche rugió, iniciando un suicida giro y terminando por volcar aparatosamente. Dos de las portezuelas salieron despedidas ante la violencia del impacto. Un individuo asomó empuñando una automática «Magnum».

Sullivan no le dejó actuar.

Se anticipó apretando el disparador una fracción de segundo antes.

El individuo volvió a caer dentro del coche.

Danny Sullivan permaneció agazapado. Esperando ver surgir algún otro enemigo del destrozado «Pontiac».

Haydn Road aparecía desierto en aquellas primeras horas de la tarde. El sol era demasiado agostador para invitar al paseo. Sin

embargo, de los *bungalows* cercanos surgieron los primeros curiosos y gritos histéricos femeninos.

Sullivan se aproximó al «Pontiac».

Tres eran sus ocupantes.

Los tres ya camino del Más Allá.

El conductor tenía el volante clavado en el pecho y su rostro contra los destrozados cristales. Un individuo, con una bala en la garganta, permanecía abrazado a la ametralladora. El tercer hombre, el de la «Magnum», recibió el proyectil en la frente. Único blanco ofrecido a la diabólica puntería del agente.

—¡Danny!...

Stella corría hacia el agente del FBI. Éste acudió a su encuentro obligándola a retroceder.

—¡Larguémonos! Están muertos.

—Pero...

—No podemos perder tiempo, Stella. Habrán dado aviso a la policía. El teniente Wilcoxon...

—Yo no le tengo miedo. Esos individuos pueden...

—¡Están muertos, maldita sea! ¡Nada encontraremos de importancia, y ellos no pueden hablar! ¡Vámonos!

El «Mustang» tenía todos los cristales destrozados e infinidad de impactos producidos por las balas.

Sullivan se acomodó frente al volante, introduciendo la primera velocidad. Hizo girar el vehículo ante la primera bocacalle. Deseando abandonar cuanto antes Haydn Road y buscar zonas menos concurridas de Miami Beach.

—¿Adónde vamos por aquí?

El agente profirió una soez maldición.

—¿Qué infiernos quieres? ¿Deambular por Lincoln Road Mall con un coche acribillado a balazos?

—Estás nervioso, querido.

—Hay cosas que no me gustan —masculló Sullivan—. El hijo de perra que maneja esto tiene poco aprecio por las vidas humanas. Los Heywood, Janet... y ahora nosotros.

—Nos esperaban a la salida del *bungalow* de Simmons. Puede que estés en lo cierto, Danny. El embajador se despidió muy precipitadamente. Una llamada telefónica a sus sicarios y...

—Ya no sé qué pensar. Tal vez estemos luchando contra

desconocidos. Contra un sucio y competidor de Simmons, contra enemigos de Córdoba o contra la mismísima KGB [4].

—Los de la KGB son camaradas, Danny. Buenos chicos. Sus métodos son más refinados. Menos espectaculares.

—¿De veras? La guerra fría terminó, Stella. Dejando paso a la más brutal violencia. No sólo aquí, sino en todas las partes del mundo. En todas las naciones.

—La gran jungla.

—Correcto. Violencia y muerte. Ésa es la ley.

El «Mustang» prosiguió circulando por los arrabales. Realizando un largo pero prudente rodeo hasta aproximarse al apartamento de Stella. El vehículo quedó estacionado en el *parking* privado.

—Me han destrozado el coche —comentó Stella, con fingida tristeza.

—Da gracias por haber salvado el pellejo. La CIA te comprará uno nuevo. Son muy generosos.

—En eso tienes razón.

Penetraron en el apartamento.

La muchacha se encaminó directamente al mueble-bar del salón.

—Voy a tomar un *whisky* doble. Lo necesito. ¿Y tú?

Los grises ojos de Sullivan recorrían detenidamente la estancia.

—¿Dónde tienes el teléfono?

—Quedó en la mesa de la terraza. Puedes utilizar el del dormitorio.

—Okay. Mi *whisky* que sea triple.

Danny Sullivan abrió la puerta del dormitorio. Súbitamente sintió un fuerte golpe en la nuca. Quedó semiaturdido. Se esforzó en disipar las nieblas que aparecían ante sus ojos, pero un segundo golpe en la cabeza le hizo caer de bruces.

Stella escuchó el ruido del cuerpo al caer.

—¡Danny!

El iniciado además de acudir al dormitorio quedó frenado. Dos individuos salieron de la habitación. Uno de ellos empuñaba una «Super-Star» con tubo silenciador acoplado al cañón.

—Tranquila, nena... Tu amigo duerme como un bendito. Luego le daremos el pasaporte definitivo.

—¿Quiénes son ustedes?

El de la «Super-Star» rió, satánico.

—Yo soy Hershey. Éste es mi compañero Garrison.

—¿Qué quieren? —preguntó Stella, aunque demasiado conocía la respuesta—. ¿Qué buscan aquí?

En los ojos de Hershey se reflejó un brillo demoníaco. Su mirada recorrió el cuerpo de la muchacha. Instintivamente se pasó el dorso de la mano por los resecos labios.

—Estamos realizando un trabajo, nena... Somos los mensajeros de la muerte. Ella nos paga por ejecutar a los elegidos. Ahora..., ahora empieza lo más divertido.

Hershey arrojó la «Super-Star» sobre el sofá del salón.

Avanzó hacia Stella.

—No se acerque...

En los ojos de Hershey se acentuó el fulgor. Introdujo la mano derecha en uno de los bolsillos de su chaqueta.

Sus manos manipularon en un rollo de cinta adhesiva.

* * *

Stella comprendió que se encontraba frente al asesino de Audrey y Janet. La palidez recubrió sus facciones.

Retrocedió.

—No tengas miedo, nena... Te prometo una dulce muerte. Todas mueren muy dulcemente en mis manos...

Stella quedó acorralada en uno de los rincones del salón.

Atemorizada.

Eso era al menos lo que aparentaba.

Y Hershey lo creyó.

Imaginó estar ante una de sus víctimas. Ante una mujer indefensa y atemorizada. Por eso le sorprendió la reacción de Stella.

La pierna de la muchacha se proyectó propinando un puntapié al bajo vientre de Hershey. Los bronceados muslos de Stella se mostraron en todo su esplendor, pero el individuo no disfrutó del fugaz espectáculo. Se inclinó aullando de dolor. Sus gritos se cortaron al recibir un trallazo en la nuca. Tras la oreja izquierda. Dos golpes más. Dos perfectos y mortíferos golpes de karate.

Hershey se desplomó con los ojos estrábicos.

Con el estupor reflejado en su rostro y la boca entreabierta. Un estupor que la muerte no supo borrar.

Stella se precipitó hacia el sofá.

—¡Quieta!

Garrison había sacado de la funda sobaquera una

«*Germán Luger*» encañonando a la muchacha.

Stella obedeció.

Quedó rígida.

A poca distancia del lugar donde reposaba la «Super-Star».

Garrison, sin dejar de encañonarla, se aproximó a su caído compañero.

—¡Maldita sea, Hershey!... ¡Despierta!

Le zarandeó dándole la vuelta.

Hershey quedó boca arriba. Con los ojos desorbitados Fijos en el techo del salón.

—Muerto... está muerto...

Garrison comenzó a reír como un poseso. Presa de un ataque de nervios.

—Sí..., él se lo buscó. Se lo advertí en muchas ocasiones... Las mujeres serían su perdición. Yo no soy como él. Yo prefiero a las mujeres... muertas. Adiós, muñeca. Hershey te espera en el infierno. La detonación resonó con estruendo.

Garrison no sintió nada.

Ningún dolor.

La bala le perforó la sien haciendo estallar su cabeza.

Danny Sullivan, bajo el umbral de la puerta del dormitorio, se había adelantado al asesino. Su

«Smith & Wesson»

había funcionado una vez más.

CAPÍTULO XI

Danny Sullivan estaba acomodado en uno de los sillones de la sala de recepción del Freeys Hotel. Leyendo los grandes titulares de la Prensa matutina. En ellos se anunciaba la visita oficial del presidente Córdoba a Florida.

Sí.

Hoy era el gran día.

Francisco Daniel Córdoba ya se encontraba en Miami Beach.

El agente especial del FBI se incorporó, acudiendo al mostrador. El recepcionista se inclinó ceremonioso.

—¿Quiere su llave, señor?

—No. Pásame comunicación con la habitación de la señorita Tingwell.

—Al momento, señor.

—Ya no es necesario —dijo Sullivan, viendo salir a la muchacha de uno de los elevadores—. Gracias.

Stella lucía un elegante vestido en tejido ratine, cuello abierto y bolsillos laterales. Cinturón de igual tejido. Blusa azul y sombrero del mismo color.

Se colgó del brazo de Sullivan.

—Deslumbrante, Stella. Sencillamente deslumbrante.

—Tampoco tú estás mal, Danny. Muy guapo con traje y corbata... Pareces otro hombre.

—Acorde con las circunstancias, pequeña. Espero que me permitan la entrada en el City Palace.

—Tengo los dos pases. ¿Y el coche?

—He alquilado un «Mercury» último modelo. Está en el *parking* del hotel. ¿Nos vamos ya?

—Tiemblo solo de pensar la furia del teniente Wilcoxon. Telefonarle ayer para que se hiciera cargo de los dos cadáveres fue algo muy feo, Danny. Si al menos le hubiéramos esperado en el apartamento...

—¿Esperarle? ¡Estás loca! Hoy mismo tendrá toda clase de explicaciones. Lo más prudente era dejar tu apartamento e

instalarnos en este hotel. Hoy quedará todo solucionado.

—¿Tú crees?

—Seguro. Esta mañana, mientras tú dormías plácidamente, mantuve una larga conversación telefónica con el inspector Sheffield.

Llegaron ante el estacionado «Mercury».

Stella se situó frente al volante. Minutos más tarde abandonaban el *parking*.

—¿Y bien? ¿Qué dice el bueno de Sheffield? Te informó de Charles Robinson, ¿no?

—De eso y otras cosas. Mis sospechas se han confirmado.

—¿Sospechas? ¿Eso no es propio de policías novatos?

—Voy directamente al culpable, Stella. Ya sé quién es.

—¡Oh, sí! Judith Brown.

Danny Sullivan sonrió la marcada ironía de la muchacha.

—Tus burlas no me afectan, nena. En esta ocasión todo ha sido obra del FBI, pero no te preocupes. Tú también estarás en el podio.

—Muy amable.

—CIA y FBI. Eso fue lo acordado, ¿no?

—Ajá. Y te aconsejo no lo olvides.

A medida que se aproximaban a la zona del Preiss Park, las medidas de seguridad adoptadas se hacían visibles. Agentes motorizados mantenían guardia a ambos lados de la New Arts Avenue. Por toda la amplia calle que desembocaba en el City Palace.

A poca distancia del edificio oficial, el control se hizo más riguroso. El tránsito estaba cortado a vehículos no oficiales. Cuatro agentes uniformados, junto con un policía de paisano, comprobaban la identidad de los que acudían a la recepción.

Stella le mostró las dos cartulinas.

Fueron examinadas detenidamente por el individuo de paisano que solicitó también la documentación.

Sonrió lobunamente.

—CIA y FBI. Tiene gracia. Un noventa por ciento de los invitados pertenecen a estas dos organizaciones. Por eso apesta el City Palace. Bien... Pueden seguir.

—Gracias, bastardo —replicó Stella con encantadora sonrisa.

El «Mercury» reanudó la marcha.

Junto al *parking* del City Palace fueron sometidos a un segundo

control. Más tarde, ya dentro del edificio, un tercero y último servicio de vigilancia comprobó la identidad de los invitados.

Las distintas salas del City Palace aparecían bellamente engalanadas. En efecto, predominaban los policías de paisano, agentes del gobierno, altos jefes del Federal Bureau of Investigation y de la Central Intelligence Agency.

El presidente Córdoba se encontraba en el «salón azul» hablando con el enviado de Washington. Concluida la conversación estaba proyectada la entrevista con Clinton Simmons.

Danny Sullivan intercambió unas palabras con el jefe de protocolo. Luego retornó junto a Stella, que permanecía en la antesala con los demás miembros oficiales. La muchacha conversaba con un individuo que Sullivan reconoció como «pez gordo» de la CIA.

Sullivan retrocedió.

Siguiendo las instrucciones dadas por el jefe de protocolo, se encaminó hacia uno de los salones.

Abrió la puerta.

Dos hombres se hallaban en el interior. Uno de ellos, Clinton Simmons. Éste parpadeó, sorprendido.

—Sullivan... ¿Qué hace aquí? Estoy esperando al presidente Córdoba y...

—No acudirá, Simmons.

—¿Qué quiere decir?

El agente del FBI avanzó con indolente paso. Sonrió contemplando al acompañante de Simmons.

—¿Su... asesor técnico?

—Sí. Le presento a Clive Tucker.

—Hola, hijo de perra.

Simmons bizqueó.

—¡Señor Sullivan!... ¿Qué significa...?

—Basta de fingir, Simmons. Todo ha terminado. No será recibido por el presidente Córdoba. No podrá ejecutar su diabólico plan.

—Creo que se ha vuelto loco, Sullivan.

—¿De veras?

—¿Me culpa a mí de intentar asesinar al presidente Córdoba?

¡Absurdo! Yo soy el más interesado en desear larga vida al presidente. ¿No lo comprende? Si la Simmons Oil no...

Sullivan le interrumpió.

Sonriendo fríamente.

—Tú no eres Clinton Simmons.

* * *

Clive Tucker llevó veloz su mano derecha a la funda sobaquera. Apareció armada de un revólver de corto calibre. Apuntando a la cabeza de Sullivan.

—¿Acabo con él, Brooks?

El agente del FBI seguía impasible.

Sin abandonar la sonrisa de sus labios.

—¿Brooks? ¿Ése es tu nombre... Simmons?

—Uno de ellos. Tengo varios. ¿Tan mal he hecho el papel de Clinton Simmons? ¿Cómo me has descubierto, Sullivan?

—No, Brooks. Has realizado el papel a la perfección.

—¿Entonces...?

—Tu único error fue ordenar la muerte de los Heywood.

—Era necesario. Ralph Heywood me descubrió. Durante la cena en el restaurante francés, conversó conmigo. Heywood conocía bien al verdadero Clinton Simmons. Sospechó algo. Tal vez yo cometí alguna equivocación, algún insignificante detalle, que descubrió mi suplantación. Tenía bien estudiado mi papel. Lo había madurado largo tiempo. Mi misión era suplantar a Clinton Simmons. Me sometí a una operación de cirugía estética, aprendí modos y costumbres de Simmons, su vida, sus amistades... Me consideraba su doble perfecto. Un duro entrenamiento, pero aquel maldito detective sospechó. Era necesario acabar con él.

—¿Enviando a un sádico asesino?

—Hershey era un buen elemento. Algo violento con las mujeres, pero eso convenía a mis planes. Su modo de... obrar desorientaría a la policía. Sus crímenes eran propios de un demente.

—Heywood intentó comunicación con el FBI. Eso nos dio la pista.

—Lo sé. Eres inteligente, Sullivan. Has seguido una buena pista. Janet y Hershey planearon la fiesta con el tejano para introducirse en el Little Garden. El fallar mis hombres en la playa sentenció a la pobre Janet. Era una vieja conocida mía. De utilidad para algunos asuntos. Pobre Janet...

—Yo dispare contra un viejo «Ford». Y en el garaje de tu *bungalow*

descubrí un Ford «Falcon» que estaba siendo retocado. No podía sospechar de ti. Tú eras... Clinton Simmons. Fue entonces cuando se me ocurrió la posibilidad de una suplantación. Heywood lo descubrió durante la cena. Tú o el embajador Romans. Éste era desconocido para Heywood. También resultaba sospechoso el cambio de secretaria. Me informé en Nueva York. Hoy recibí la respuesta. Clinton Simmons continúa con su vieja secretaria.

—Has llegado demasiado lejos, Sullivan. He fracasado..., pero tú no estarás con vida para saborear el triunfo. Mis hombres me comunicaron que estabas husmeando por el garaje.

—Y me enviaste a los tres fulanos del «Pontiac».

—Sí. Eres peligroso, Sullivan. Dudaba que lograras salir con vida, pero tomé precauciones. Hershey y Garrison esperaban en el apartamento de Stella. También ellos fracasaron.

—Tu plan no podía salir bien, Brooks. Apreciamos demasiado la vida del presidente Córdoba. ¿Cómo pensabas matarle y salir de aquí?

Brooks sonrió, mostrando su mano derecha.

—Tengo acoplada una microscópica aguja. Al estrechar la mano de Córdoba, éste apenas sentiría el insignificante pinchazo. Treinta minutos más tarde, se retorcería como un gusano. La autopsia revelaría envenenamiento.

—Muy comprometedor para Estados Unidos.

—Correcto. Ésa era nuestra intención.

—¿Quién te paga?

Brooks rió en desaforada carcajada.

—¿Importa eso, Sullivan? Pertenezco a una importante red de espionaje internacional. Trabajo para el mejor postor. Acepté la misión de liquidar al presidente Córdoba. No es muy bien vista su futura amistad con Estados Unidos. El mundo es un hervidero, amigo Sullivan. Próximo a estallar. ¿Cuánto durará Córdoba en el poder? Sus principales enemigos, dentro de su propio país, son el llamado Quinto Comité Revolucionario Popular. Ellos pagarían dos millones de dólares por la muerte de Córdoba. Dos millones por mi trabajo. ¿Quién les proporcionó a ellos tan fabulosa cantidad? ¿Alguna potencia extranjera? ¿Algunos de sus vecinos? Sí, Sullivan... La caldera está próxima a estallar. Acepté el trabajo. Durante seis meses estudié paso a paso la vida de Clinton Simmons.

Conocía su proyectada entrevista con Córdoba, y era la mejor forma de poder acercarme a él. Todo parecía salir bien. Estrecharía la mano de Córdoba, abandonaría el City Palace con toda tranquilidad... Minutos más tarde, el presidente sería un comprometedor cadáver. Los mejores planes se vienen abajo, por insignificantes detalles no calculados. Eso ocurrió con la maldita presencia de Ralph Heywood.

—No siempre se gana, Brooks.

—Por supuesto. Soy buen jugador y sé perder.

—¿Dónde está el verdadero Clinton Simmons?

—En el *bungalow* de Haydn Road.

—Con su verdadera secretaria, ¿no?

Brooks volvió a reír.

—Eres un tipo listo... Sí, Sullivan. Allí está también su secretaria. Mucho más fea que mi encantadora Judith. Secuestramos al verdadero Simmons a su llegada a Florida. Tenía en su poder las invitaciones oficiales y demás documentos necesarios.

—Una de esas invitaciones, en poder de Charles Robinson.

—Él iba a ser mi... asesor técnico. Reconozco que fue un error que la llevara encima. Los errores, en mi profesión, se pagan muy caros. Bueno, Sullivan. Ha sido un placer competir contigo en este juego sangriento. Mi misión ha fracasado..., pero tú pagarás con la vida. El agente sonrió duramente.

—No seas estúpido, Brooks. A una voz mía, el salón quedará repleto de policías.

—Tú has entrado solo, Sullivan. Puedes dar la orden. No llegarán a tiempo.

—Si disparas, acudirán en masa.

—¿Tengo otra solución? Tú no permitirías mi salida, ¿verdad? Tucker y yo nos abriremos paso a tiros. Y tú serás el primero en morir. Adelante, Tucker. Entre los ojos. No quiero que sufra.

Clive Tucker se disponía a cumplir la orden cuando, bruscamente, se abrió la puerta del salón para dar paso a Stella. El individuo desvió el revólver, pero no llegó a disparar. Sullivan aprovechó aquella indecisión para desarmarle de certero puntapié en la diestra.

El agente del FBI sacó su
«Smith & Wesson».

—¡Quietos los dos!

—Bien..., no siempre se gana —sonrió, amargamente, Brooks.

Stella acudió junto a su amigo. Dirigió una indiferente mirada a Brooks.

—Siempre serás el mismo, Danny. Te gusta hacer las cosas solo, ¿verdad?

—Te lo explicaré todo, nena. Aquí tienes a...

—A Donald Brooks —interrumpió Stella, muy risueña—. Sosias de Clinton Simmons. Jefe de una organización de espionaje que trabaja para el mejor postor. En esta ocasión, para el Quinto Comité Revolucionario Popular.

Sullivan, aunque sin dejar de encañonar a los dos hombres, quedó estupefacto.

—¿Cómo diablos...?

—No dormí plácidamente, como tú imaginabas, querido. La CIA también tiene importantes contactos y fuentes de información. Llegué a tus mismas conclusiones. Me informaron que Clinton Simmons salió de Austin, en compañía de su secretaria. Una mujer de cincuenta y dos años, de ganchuda nariz y verruga en la comisura de la boca. Muy distinta a Judith, ¿verdad? Lo demás resultó sencillo. Mis compañeros de la CIA dominan la situación. Hemos rescatado al verdadero Simmons. Los hombres de Brooks están detenidos. Confesaron de plano.

Danny Sullivan siguió largos segundos con la boca entreabierta.

* * *

Estaban sobre la ardiente arena de la playa.

El oleaje se entremezclaba con una romántica canción de Sinatra.

Stella, luciendo uno de sus reducidos bikinis, se inclinó sobre el agente del FBI. Su dedo índice trazó imaginarias líneas en el desnudo pecho de Sullivan, que también vestía traje de baño.

—¿Preocupado?

—¿Por qué iba a estarlo?

—La protesta del teniente Wilcoxon ha sido aceptada. Te someterán a expediente disciplinario.

—Por uno más...

—Dudo que prospere, Danny. Toda la Prensa de la nación alaba

nuestro éxito. El FBI y la CIA aplastan un complot contra él presidente Córdoba. Tu nombre y el mío son famosos.

—No esperes una medalla, nena. Romans sigue de embajador. ¿Sabes lo que eso significa?

—No saques conclusiones precipitadas.

—La lucha sigue, Stella. Más cruel que nunca. La gran jungla, poblada de fieras, con la única ley de violencia y muerte. Brooks tenía razón. La caldera está próxima a estallar.

—No te comprendo...

Sullivan se reflejó en los verdes ojos de la muchacha.

En aquellos maravillosos ojos cuyo brillo eclipsaba al sol. De pronto, se olvidó de la pesimista teoría de Brooks.

Stella ocupaba su mente.

—Me quedan algunos días de permiso, Stella. Los pasaremos juntos en Miami Beach. Luego... ¿por qué no regresas conmigo a Nueva York?

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

No es la primera vez. ¿Sigue interponiéndose la CIA entre nosotros?

—Ya he presentado mi dimisión, Danny. Te advertí que éste era mi último trabajo.

—Entonces... ¿cuál es tu respuesta?

La muchacha aproximó su rostro al de Sullivan. Sus entreabiertos labios se unieron a los de él.

Aquella fue la mejor respuesta para el G-men.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.

Notas

[1] Agente Especial Encargado. < <

[2] Calzadas. < <

[3] Ciudad donde se encuentra el edificio central de la CIA. < <

[4] Organización internacional de espionaje soviética. < <